

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2017-2019

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Ciencias Sociales con mención en
Género y Desarrollo

Prácticas sexuales entre hombres y construcción de las masculinidades en jóvenes de la Costa
rural ecuatoriana

Juan Carlos Suárez Quishpe

Asesora: Gioconda Herrera

Lectoras: Martha Cecilia Ruiz y María Patricia Ramos

Quito, enero de 2022

Dedicatoria

A Olga y Nelson, mis padres que siempre han sido fuerza y compañía en mi vida.

A Rosa, que ha sido maestra, mi admiración y gratitud siempre.

A mis profesoras de la maestría por hacerme repensar.

Tabla de contenidos

| | |
|---|-----|
| Resumen..... | VI |
| Agradecimientos | VII |
| Introducción | 1 |
| Metodología | 6 |
| Capítulo 1 | 9 |
| Masculinidades, sexualidades y deseos homoeróticos..... | 9 |
| 1.1. Los estudios de masculinidades en América Latina..... | 10 |
| 1.2. Masculinidades..... | 13 |
| 1.3. Sexualidad | 19 |
| 1.4. Prácticas homoeróticas y capital erótico | 21 |
| Capítulo 2..... | 25 |
| Historia, trabajo y lógicas del mundo bananero..... | 25 |
| 2.1. Historia de la provincia de El Oro..... | 25 |
| 2.2. Parroquia La Iberia..... | 29 |
| 2.3. La Iberia en el contexto histórico bananero ecuatoriano..... | 33 |
| Capítulo 3..... | 38 |
| Lógicas del banano y sus realidades | 38 |
| 3.1. Los “trans” en las bananeras. ¿Diferenciaciones?..... | 45 |
| Capítulo 4..... | 48 |
| Masculinidades y relaciones homoeróticas..... | 48 |
| 4.1. Tierra de cacheros desde su nacimiento | 49 |
| 4.2. Herencia del cacherío | 55 |
| 4.3. Clase, género y sexualidad | 61 |
| 4.4. Cuestiones de raza y clase..... | 62 |
| 4.5. Sexualidad y el espacio social de la “peluquería” | 64 |
| 4.6. Economía, cuerpo y sexualidad..... | 68 |
| Conclusiones | 72 |
| Lista de referencias | 75 |

Ilustraciones

Figuras

| | |
|---|----|
| Figura 2.1. Resultados del Censo de población y vivienda, 2010. | 26 |
| Figura 2.2. El verde en la provincia de El Oro. | 27 |
| Figura 2.3. Ubicación de la parroquia La Iberia en la provincia de El Oro. | 29 |
| Figura 3.1. Mujeres en el trabajo manual. | 42 |
| Figura 3.2. Trans en el trabajo bananero. | 46 |
| Figura 4.1. Trabajo manual de mujeres y trans en el banano. | 61 |

Tablas

| | |
|---|----|
| Tabla 2.1. Descripción ocupacional de parroquia La Iberia. | 31 |
| Tabla 2.2. Necesidades básicas insatisfechas, 2010 | 32 |
| Tabla 2. 3. Niveles de educación | 33 |

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Juan Carlos Suárez Quishpe, autor de la tesis titulada "Prácticas sexuales entre hombres y construcción de las masculinidades en jóvenes de la Costa rural ecuatoriana" declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Ciencias Sociales con mención en Género y Desarrollo, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, enero de 2022



Juan Carlos Suárez Quishpe

Resumen

La presente constituye una investigación de carácter etnográfico en la que se analizan las dinámicas e implicaciones de lo que significa ser hombre en un contexto rural y bajo las lógicas del mundo bananero, donde convergen varios elementos y actores importantes para la construcción de representaciones de género. Se realiza una aproximación a las relaciones sexuales homoeróticas y de iniciación que configuran otro mundo a la par del de los jornales de trabajo bananero. Es aquí donde entra en juego el capital erótico de los jóvenes que les permitirá –además de explorar su cuerpo– mejorar sus condiciones materiales de vida, pues los jóvenes intercambian sus cuerpos por dinero, bienes materiales o, en muchas ocasiones, simplemente por el disfrute del placer.

En la misma línea, se plantea la idea sobre el disfrute de la vida sexual, las relaciones homoeróticas, el habitar del cuerpo y transgredir fronteras de lo heterosexual para el intercambio de experiencias y servicios con otros hombres o con transfemeninos. Estas nociones están muy presentes dentro de la vida de los jóvenes del lugar y forman parte de una suerte de ritual de iniciación y de aceptación de un legado muy arraigado en ese espacio.

Como conclusiones de este estudio, por un lado, se argumenta que en la cotidianidad de los jóvenes dentro del trabajo bananero y en los espacios de socialización masculina se refuerzan las representaciones heterosexuales del ser hombre que se van construyendo en conjunto con sus pares. Por otro lado, se demuestra cómo, a pesar de marcar distancias entre jóvenes a partir de la heterosexualidad, estos comparten espacios comunes donde se conjugan la camaradería y el homoerotismo, todo esto desde la habitabilidad del espacio físico como respuesta a la heteronormatividad social que se impone.

Agradecimientos

A los hombres anónimos de este trabajo, que colaboraron siempre y decidieron contar sus historias y vivencias; a ellos que me abrieron paso y me hicieron parte de la cotidianidad de sus jornadas para poder entender su realidad desde dentro. Quiero agradecerles su participación y valioso aporte para esta investigación.

A mi amigo Jonnathan, por acompañarme de una u otra forma durante mi estancia en la capital. Estuvo siempre alentándome a seguir adelante y a no desmayar, con quien pude conversar siempre desde el género y las masculinidades, porque desde los procesos juveniles los hemos venido pensando.

A Mónica y Paula, por hacerme sentir como en casa por los pasillos de la universidad. Estuvieron brindándome su compañía y fortaleza en mis momentos más difíciles, son en mi camino personas valiosas, de quienes tengo los mejores recuerdos; por su cariño y aprecio infinitas gracias.

A la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, por permitirme crecer profesionalmente y apostar por la inclusión de hombres y mujeres rurales del país.

A mi tutora, Gioconda Herrera, por guiarme y alimentar mis procesos siempre desde sus conocimientos, porque siempre me ofreció palabras de aliento durante este proceso.

Introducción

“Ser cachero en esta tierra es como natural,
a veces hasta parece heredado”.

(ROH, joven local, en entrevista con el autor , 2 de mayo 2019)

Esta tesis constituye un estudio sobre la construcción social de las masculinidades y la sexualidad en hombres jóvenes de un contexto rural de la Costa ecuatoriana, específicamente en la parroquia La Iberia, provincia de El Oro, al sur del Ecuador. Se cruzan las dimensiones de clase, género y raza para entender las dinámicas sociales de estos jóvenes y comprender cómo la masculinidad es construida tanto a partir lógicas heterosexuales como de prácticas homoeróticas. La pregunta que guio este trabajo fue la siguiente: ¿Cuál es el sentido social, cultural y subjetivo que otorgan los hombres jóvenes de estas parroquias rurales a sus prácticas sociales y de qué maneras estas prácticas influyen en la construcción de su masculinidad y su identidad de género?

El interés de desarrollar este tema surge de la necesidad de abordar las masculinidades de la zona rural costera del país. He pensado a lo largo de los años en cómo encontrar los caminos que me conduzcan a una propuesta seria, enfocada en retratar, de la forma más real y con las voces de los actores locales, todo lo que se vive a diario en estas pequeñas comunidades, cuyos contextos y situaciones son poco explorados desde la academia.

En ese sentido, esta investigación responde a las necesidades de diálogo entre el mundo rural y la academia; significa, en otras palabras, acercarnos desde una visión etnográfica a las formas cotidianas de vivir la sexualidad y la construcción de las masculinidades. Este estudio me ha permitido escuchar las voces de jóvenes para poder entender las relaciones desde sus propias experiencias, desde lo anecdótico e histórico de su legado, desde los procesos que viven en conjunto con sus pares y como todo termina intersecándose con el trabajo jornalero del banano y con las historias de las relaciones homoeróticas en esta región. Desde esta perspectiva también resulta interesante entender cómo en esta dinámica se construyen y refuerzan imaginarios y prácticas que les permite de cierta manera legitimar conductas como más o menos masculinas, dentro sus actividades y en los grupos de “panas”.

Por ello, es importante mencionar que en los espacios que frecuentan y transitan desde adolescentes, estos jóvenes construyen ciertas normas o formas de convivencia con respecto al otro que les rodea –llámese familia o vecinos de la comunidad–. Esto ocurre dentro del espacio físico de la zona rural, un espacio cargado de significados. En medio de un mundo que les dicta qué hacer, estos adoptan sus propias formas de vivir: jóvenes de varias edades y generaciones, a lo largo de la historia de la parroquia han construido y configurado sus propios espacios y formas de nombrar las cosas y situaciones que viven en el ámbito sexual y en concordancia con el disfrute de la sexualidad.

Para mi análisis sobre las masculinidades, tomo en cuenta lo que Matthew Gutmann (1998, 246; 2000) plantea en su trabajo antropológico: esta es “es todo lo que los hombres piensen y hagan para ser hombres”. Es decir, todas aquellas prácticas que realizan los hombres en oposición a la feminidad y para reforzar todo aquello que necesitan para ser considerados “hombres” frente a otros. En consecuencia, podemos decir que la masculinidad se va construyendo en aprobación conjunta entre pares de una cultura específica y, como en el presente caso de estudio, puede estar ligada a un contexto particular. En el presente caso, esta construcción social y cultural de la masculinidad gira en torno del trabajo bananero y las dinámicas que este propone.

Aunque no existe consenso sobre un concepto acerca de qué es la masculinidad, diferentes autores proponen varias definiciones. De acuerdo con Kimmel,

(...) la masculinidad es entendida a través de la feminidad en tanto que ambas existen en contraste, se define una en función de la otra. La masculinidad se construye socialmente, varía de una cultura a otra, se transforma con el tiempo, cambia en relación a otras variables y otros sitios potenciales de identidad y se transforma en el transcurso de la vida de cualquier hombre (Kimmel 1998, 210).

Por su parte, Ramírez Solórzano nos acerca a una especificidad y detalla que mucho tiene que ver “según sus características de clase, etnia y edad”, y resalta un aspecto importante, ya que plantea que “no hablamos de un tipo de masculinidad sino de masculinidades” (2002, 48). Desde una perspectiva más sociológica se considera que:

(...) en la construcción social de los cuerpos, la división de las cosas de acuerdo con la oposición entre lo masculino y lo femenino se insertan en un sistema de necesidades homólogas alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, recto/curvo, seco/húmedo, duro/blando, fuera (público)/dentro (privado), obedeciendo a las oposiciones fundamentales entre lo positivo y negativo, el derecho y el revés que se impone desde que el principio masculino aparece como la medida de todo (Bourdieu 2000, 28).

Como podemos fijarnos en la literatura, la construcción social de roles asignados a los hombres está estrechamente ligada a una contraposición con lo femenino. Además, se toman en cuenta los atributos del hombre, que se refuerzan a partir de pruebas y riesgos en los que compiten entre ellos.

Por otro lado, “las normas que establece cada sociedad para definir lo que es ‘ser hombre’ o ‘ser mujer’ tienen un impacto en la conformación de las representaciones (creencias, normas, valores, símbolos y opiniones) de género, así como en las prácticas (acciones o comportamientos) que cada uno realiza” (Ramírez Solórzano 2002, 48). Esto nos remite a pensar que las representaciones rurales de lo masculino y lo femenino se construyen a partir de sus normas y costumbres, por ello la importancia de analizarlo desde sus prácticas y mirar las representaciones de género que se pueden construir a partir de estas.

En esa misma línea, es importante recalcar que son pocos los estudios en el Ecuador que se han abordado las masculinidades y cómo se construyen desde la cotidianidad. En un acercamiento al tema realizado desde un trabajo en Chile, se explica relación entre masculinidad y ruralidad de la siguiente manera:

(...) mientras los hombres y las relaciones sociales de género tienden a cambiar al ritmo que lo hace el conjunto de la sociedad [...], ciertas simbolizaciones parecen permanecer. Todavía, podríamos decir, estas simbolizaciones que emanan de la vida rural y tal como esta se mostraba en el pasado, buscan relegitimarse como si el pasado buscara actualizarse. De ahí la diversidad de respuestas posibles para abordar el problema de la masculinidad en el campo (Valdés 2000, 29).

Si bien la vida rural va cambiando con el tiempo, las representaciones de ser hombre en sectores rurales podrían mantenerse y muchas veces podrían incluso reforzarse de manera

simbólica, reproduciendo un arquetipo social de lo que significa ser hombre y de cómo representarlo.

Mara Viveros Vigoya (2002), en su estudio sobre *La construcción de la masculinidad entre poblaciones negras en Colombia*, señala que existen rasgos de la masculinidad hegemónica que los hombres destacan desde sus cualidades y perspectivas como hombres, al valorar además sus roles como proveedores. Con esto se refiere a cómo ven su lugar de privilegio frente a otros hombres, argumento que permite cuestionar aquello en relación con lo que podría caracterizar a hombres de diferentes regiones.

Desde la perspectiva de Bonino (2000, 50) es importante mirar que “el término masculinidades es de significado diverso, y alude tanto al significado ‘correcto’ de ser hombre como a la diferencia con la feminidad”. Considera que la masculinidad es una organización más o menos coherente de significados y normas. “Es un producto del doble paradigma histórico pero naturalizado de la superioridad masculina y de la heterosexualidad” (2000, 51). En esta misma línea podemos apreciar que existe una suerte de naturalización de la masculinidad que está marcada por las prácticas que socialmente se ha asignado tanto a hombres como a mujeres en una sociedad en particular.

Por ello, en este trabajo adopto la perspectiva de Gutmann (1998, 63), quien sugiere “explorar las percepciones subjetivas de los hombres acerca de ser hombres, donde se incluye la relación de ser hombre con la reivindicación, búsqueda y ejercicio de varias formas de poder sobre otros hombres y mujeres”. De acuerdo con Viveros Vigoya (2002, 101), “la masculinidad se ha empezado a considerar como una construcción social cambiante de una cultura a otra, en una misma cultura según la pertenencia étnica o de clase, en el curso de la vida de cualquier hombre, y según la orientación sexual”. Desde una perspectiva crítica, hay que observar los factores que contribuyen a las particularidades de los hombres en cada región, así como la heterogeneidad, fundamental para analizar las poblaciones masculinas en los diversos territorios, sean estos urbanos o rurales. Lo anterior se ve reforzado con el siguiente planteamiento de Fuller, sobre el proceso de masculinidad:

Los jóvenes son forzados por sus compañeros a ajustarse al modelo de masculinidad del grupo. Estas presiones, a su vez, desempeñan un papel importante en la constitución de la

identidad de género porque marcan los límites admisibles de conducta que permiten a los jóvenes visualizar lo que debe ser la masculinidad apropiada (Fuller 2001, 270).

Podría en cierto sentido estar asociado con la etapa de la adolescencia y con la aprobación de cierto tipo de masculinidad. Dentro de algunas culturas es importante la aprobación que se recibe o no en grupos cerrados de amigos o conocidos que disputan aspectos como la “hombría” y la “virilidad” a través de la presión social por cumplir roles asignados con este tipo de comportamientos. Según Olavarría y Parrini, en cambio,

(...) hay un patrón hegemónico de la masculinidad, “norma” y “medida” de la hombría, plantea la paradoja de que los hombres deben someterse a cierta “ortopedia”, a un proceso de “hacerse hombres”, proceso al que está sometido el varón desde la infancia. “Ser hombre” es algo que se debe lograr, conquistar y merecer. En este contexto para hacerse “hombre” los varones deben superar ciertas pruebas como conocer el esfuerzo, la frustración, el dolor, haber conquistado y penetrado mujeres, hacer uso de la fuerza cuando sea necesario, ser aceptados como “hombres” por los otros varones que “ya lo son”, y ser reconocidos como “hombres” por las mujeres (2000, 28).

En el caso que analizo en esta investigación, además de la aprobación de sus pares, los hombres –este caso otros adolescentes– van constituyéndose como tales y prueban su “hombría” mediante exploraciones de carácter sexual y encuentros esporádicos con otros hombres.

Es importante destacar que a pesar de que los estudios sobre masculinidades han crecido de manera considerable, estos no han privilegiado la relación con adolescencia, juventud y mucho menos la relación de ambos aspectos con el foco de interés en áreas rurales. Connell argumenta que “los estudios sobre jóvenes, como campo de investigación se encuentran en baja; siendo difícil encontrar una línea coherente de pensamiento sobre los problemas de adolescencia y masculinidad” (2003, 54). Todo esto nos remite a repensar este campo y sus implicaciones en cuanto a estas categorías, de ahí que la línea conductora del trabajo es la cotidianidad con la que adolescentes aprenden a conjugar su propia masculinidad en términos de poder y muy vinculada a la representación de los arquetipos de la masculinidad.

En la misma línea, otro abordaje importante para el presente trabajo es el trato que se le da a la categoría adolescencia desde una mirada de las masculinidades adolescentes. Connell

(2003) plantea que suele definirse a la adolescencia como el tiempo del despertar sexual, de la experimentación autoerótica y de las primeras relaciones sexuales; esto a su vez nos remite a pensar en la exploración de los cuerpos, el disfrute de la sexualidad y en los encuentros que estos adolescentes tienen en contextos específicos, en este caso en un contexto rural. Además, el autor señala:

La adolescencia emerge no como un momento único en el desarrollo, (aún menos como un estado predeterminado) sino como un periodo en la vida definido de manera flexible en que ciertos tipos de encuentros ocurren. Los cuerpos en desarrollo son re-interpretados y desafiados en nuevas prácticas, instituciones como la escuela son enfrentadas y negociadas, los poderes del mundo adulto son aproximados y confrontados [...]. La adolescencia es inherentemente, transitoria (Connell 2003, 65).

En esta investigación se busca reflexionar sobre cómo estas prácticas homosexuales contribuyen a mostrar una masculinidad hegemónica en un contexto particular. Se argumenta cómo al describir estas prácticas y códigos eminentemente locales, así como sus revelaciones, podemos entender las dinámicas que giran en torno a la sexualidad y la construcción social de la masculinidad; todo esto desde un cruce entre la clase, la raza y el género.

Metodología

En la presente investigación se empleó metodología cualitativa. Entre las técnicas utilizadas sobresalen la observación participante y las entrevistas semiestructuradas, todo agrupado en una etnografía, principal recurso metodológico frente al tema. Otro elemento importante fue la fotografía: el recurso visual significó retratar la realidad de las haciendas y la vida laboral en su dimensión cotidiana.

La investigación de campo se la realizó entre febrero y mayo de 2019, pero cabe mencionar que durante la construcción del plan de tesis ya había realizado acercamientos a lugares y contactos para la realización de la investigación. Un dato importante, y que es necesario resaltar, es que soy de la zona en la que se ha desarrollado la investigación, y desde hace mucho tiempo había iniciado el acercamiento al tema.

Para lograr una aproximación a los jóvenes del sitio, tomé contacto con personas que ya conocía, quienes me refirieron y acompañaron durante el proceso de selección de los

participantes. Se realizaron encuentros en varios lugares de referencia de jóvenes “cacheros” y después de haber explicado los motivos y objetivos del estudio, varios jóvenes accedieron a participar en el estudio. La totalidad manifestó que querían permanecer en el anonimato, por lo que decidí proteger sus identidades con una codificación, asegurando así la confidencialidad sobre los nombres de los informantes.

En total trabajé con veinte jóvenes de la parroquia y dos personas trans que decidieron colaborar; todo esto permitió ir contrastando ambas realidades. Por un lado, observé cómo y en qué dinámicas se manejaban los hombres jóvenes, y, por otro, accedí a sus experiencias en las relaciones homoeróticas, desde las vivencias, anécdotas y relatos de historias sobre prácticas sexuales que escuché muchas veces por más de una ocasión.

La participación directa en varias actividades de su cotidiano vivir me permitió experimentar lo que ellos hacían durante el día, la tarde y la noche. Fueron meses de anécdotas que enriquecieron esta investigación, entendí que era necesario utilizar palabras coloquiales dentro del texto para representar con veracidad lo que ellos me planteaban o en ocasiones simplemente me compartían y que han estado presente desde hace muchas décadas en su vocabulario.

Una de las desventajas de la metodología fue el hecho de que me sintieron tan cercano que a veces pospusieron las entrevistas porque no estaban de humor o simplemente porque no querían. Al mismo tiempo, pude ver todo su mundo cotidiano; me acerqué tanto que casi me sentía parte del grupo.

Con la información obtenida, busqué trabajar los grandes temas sobre sexualidad, masculinidades y relaciones homoeróticas. Distribuí el análisis y los hallazgos en los siguientes capítulos: en el primero se revisan los principales conceptos: masculinidades, sexualidades y deseos homoeróticos a partir de autores como Matthew Gutmann (1998, 2000), Núñez Noriega (2007, 2016) y Connell (1997, 1998, 2003), entre otros; en el segundo presento brevemente la historia, y la relación trabajo y lógicas del mundo bananero en la zona donde se llevó a cabo el estudio, con énfasis en la parroquia La Iberia; el tercer capítulo trata sobre el trabajo en las bananeras, analizado en clave de género y generacional para ver la división sexual del trabajo en este tipo de actividad económica; en el cuarto capítulo analizo

la articulación entre masculinidades y relaciones homoeróticas; cierro la tesis con una breve reflexión desarrollada en las conclusiones.

Considero que uno de los principales aportes de esta investigación está en retratar, quizá por primera vez, el contexto de trabajo de los bananeros, cruzando lo homoerótico y el atractivo sexual. De cierto modo, todavía quedan flotando varios aspectos que podrían investigarse, por ejemplo, profundizar el estudio con las familias de los jóvenes y su percepción sobre el tema, o reconstruir las trayectorias y las historias de los “cacheros” de la zona desde hace varias generaciones. Estos son trabajos por hacer.

Capítulo 1

Masculinidades, sexualidades y deseos homoeróticos

En este capítulo, realizo una revisión de la literatura sobre género, masculinidades, sexualidad y relaciones homoeróticas a través de varios conceptos, con el fin de presentar las principales definiciones que guiarán la discusión de la presente investigación. En este sentido, presento un recorrido por los principales autores y autoras que trabajan estas categorías y que las abordan desde disciplinas como la antropología, la sociología y el psicoanálisis.

En un primer momento se examina el concepto de género para comprender algunos aspectos relacionados con la investigación y que se intersecan a lo largo de este recorrido con la categoría hombres y el mundo del trabajo en el banano. Partiendo entonces de esta categoría, un primer aporte lo encontramos en la historiadora Joan Scott (1996), quien lo enmarca en un nivel cultural-simbólico al precisar que “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (1996, 289). En este sentido, su aporte nos deja marcado que las relaciones sociales, tanto de hombres como de mujeres, se basan en una jerarquización de poder, que es simbólica, que se representa a través de la diferenciación sexual y se desarrolla en aspectos elementales y cotidianos.

En la misma línea, es importante observar que el género se encuentra atravesado por lo que ejercen socialmente los cuerpos y quienes los habitan. Tal como lo plantea Connell (1993, 35) “es una práctica social que constantemente se refiere a los cuerpos y a lo que los cuerpos hacen, pero no es una práctica social reducida al cuerpo”. Lo que nos indica que estas relaciones entre hombres y mujeres no siempre deben ser entendidas como un asunto corporal, sino que existe todo un aparataje mucho más amplio, que se ha construido a lo largo de la historia para diferenciar a las mujeres de los hombres y se ha legitimado, además, culturalmente.

Para Virginia Maquieira (2010, 51), este orden de género es un “sistema de poder y desigualdad que asignan espacios, tiempos y actividades y se acompañan de representaciones simbólicas que condicionan el acceso de las mujeres a los recursos en un sentido amplio”. La autora nos remite al género como parte de un sistema de relaciones estructurales de poder que han subordinado históricamente a las mujeres y a otros sectores poblacionales que, por

ejemplo, no han cumplido con representaciones convencionales de masculinidad y feminidad. Al respecto podríamos agregar que esto se acentúa según los contextos, con énfasis en sectores periféricos ruralizados, como el que es de interés del presente estudio.

En este trabajo se abordan las categorías género, masculinidades y sexualidades teniendo en cuenta qué orden de género opera en el contexto de la ruralidad, así como los discursos, acciones y formas de vida de los hombres del sector rural costero en Ecuador, contexto en que se desenvuelven los sujetos partícipes de la investigación.

1.1.Los estudios de masculinidades en América Latina

En este apartado consta una revisión del estado del arte sobre masculinidades y sexualidad en América Latina, con énfasis en aquellas investigaciones o textos que podrían contribuir al estudio. Por ello, es importante recalcar que el foco se centró en los principales aportes en cuanto a masculinidades en general y rurales en particular, analizando además cómo se construyen estas a partir de un sinnúmero de factores.

Para determinar la relevancia de los estudios aquí presentados se valoraron dos aspectos fundamentales trazados a comienzos de esta investigación. En primer lugar, realizar una revisión sobre las masculinidades para examinar el contexto específico de las relaciones homoeróticas en el área rural costera del Ecuador. En segundo lugar, resulta imperante retratar las memorias de las relaciones homoeróticas como parte de la construcción masculina del ser hombre para adolescentes rurales de la Costa del país y que estas se han hecho presente en por lo menos tres generaciones en este escenario específico. Realizar este recorrido con base en tales aspectos permite presentar una contribución al estudio de las masculinidades en sectores rurales, con miras a que se puedan desarrollar más investigaciones en esta línea en zonas costeras.

Como parte de la revisión hay que mencionar un trabajo emblemático de Norma Fuller (1997): “Fronteras y retos: varones de clase media del Perú”. La autora explica el proceso de masculinidad y el machismo como un componente de la cultura masculina juvenil que transmite el grupo de pares y la institución a cargo de buena parte del proceso de socialización de los varones jóvenes. Dicha cultura, insiste Fuller (1997, 148), acentúa la ruptura con los valores del espacio doméstico asociados a la figura materna y sobrevalúa el aspecto indomesticado de la masculinidad: fuerza física y virilidad.

Su argumentación nos lleva a pensar que la juventud o adolescencia resulta clave en la formación de las identidades de género. Al mismo tiempo provoca reflexionar sobre cómo en el interior de los grupos de pares es importante la aprobación, o no, de aspectos como la “hombría” y la “virilidad” a través de la presión social por cumplir roles asignados con este tipo de comportamientos, que llevan hacia cierto tipo de masculinidad. A propósito, conviene citar a Olavarría y Parrini (2000, 12), que analizan el caso de masculinidades en Chile y dan cuenta de que:

(...) este patrón hegemónico de la masculinidad, “norma” y “medida” de la hombría, plantea la paradoja de que los hombres deben someterse a cierta “ortopedia”, a un proceso de “hacerse hombres”, proceso al que está sometido el varón desde la infancia. “Ser hombre” es algo que se debe lograr, conquistar y merecer. Para hacerse «hombre» los varones deben superar ciertas pruebas como: conocer el esfuerzo, la frustración, el dolor, haber conquistado y penetrado mujeres, hacer uso de la fuerza cuando sea necesario, ser aceptados como “hombres” por los otros varones que “ya lo son”, y ser reconocidos como «hombres» por las mujeres.

A partir de ello los hombres van constituyéndose como tales a través de la aprobación de sus pares, en este caso otros adolescentes, que, mediante prácticas de carácter sexual y encuentros esporádicos, prueban su “hombría”.¹

Lisset Coba, quien realiza estudios de masculinidades en Ecuador, se refiere a los rituales de masculinidad e iniciación en zonas costeras del país:

En los rituales de masculinidad, los muchachos iniciados, antes de vencer los obstáculos programados, son considerados como la parte femenina de la cultura, pues la masculinidad es algo inestable que hay que construir y que se realiza al cabo de un combate que demuestra la virilidad de los novicios. La cultura popular, el lado femenino y anónimo de la sociedad, debe atravesar por una serie de pruebas que reafirman su valor y le permiten participar del placer del reconocimiento público (Coba 2001, 107).

El estudio de Coba (2001) interesa por cuanto rompe con la generalización de las construcciones de masculinidad en un país o región específica, y se refiere particularmente a las representaciones de lo masculino en una ciudad de la Costa ecuatoriana: Guayaquil. En este caso, la autora plantea que existe en una especie de iniciación masculina simbólica

¹ Este entrecomillado es mío.

mediante la aprobación social entre hombres, esta podría de cierta manera constituir un aspecto fundamental, pues la masculinidad está siempre en construcción y aprobación frente a otros.

En otra investigación, también realizada en Chile, se aborda la masculinidad y la ruralidad de la siguiente manera:

Mientras los hombres y las relaciones sociales de género tienden a cambiar al ritmo que lo hace el conjunto de la sociedad [...], ciertas simbolizaciones parecen permanecer. Todavía, podríamos decir, estas simbolizaciones que emanan de la vida rural y tal como ésta se mostraba en el pasado, buscan relegitimarse como si el pasado buscara actualizarse. De ahí la diversidad de respuestas posibles para abordar el problema de la masculinidad en el campo (Valdés 2000, 29).

De acuerdo con este texto, aunque la vida rural va cambiando con el tiempo, las representaciones de ser hombre en estos sectores podrían mantenerse por generaciones y muchas veces podrían incluso ser reforzadas de manera simbólica entre hombres, reproduciendo un arquetipo social de lo que significa ser hombre y de cómo se debe representar para una cultura determinada. Por eso, interesa en este estudio entender las particularidades de la construcción de la masculinidad y la sexualidad en el contexto rural.

Cabe mencionar el estudio de Viveros Vigoya (2002) sobre hombres afrodescendientes en Colombia, en el cual destaca la construcción de una identidad masculina sustentada en sus particularidades culturales relacionadas con lo étnico-racial. En su análisis anota que ellos desarrollan su construcción identitaria como hombres afrodescendientes, con demostraciones de virilidad, caracterizada por prácticas heterosexuales, que son parte de su modo de vida y del refuerzo de su masculinidad.

Parafraseando a Kimmel (1992), Mara Viveros “sugiere que el temor que los hombres tienen unos de otros en el proceso de construcción de su identidad de género, en su permanente búsqueda de ‘no ser homosexuales’” (Viveros Vigoya 2002, 334). Agrega que estas representaciones podrían significar temores a la “implicación emocional y a la intimidad y una separación entre los deseos sexuales y los afectos” (2002, 334), restringiendo los afectos entre hombres al no corresponder a la masculinidad que se espera de ellos.

Según Connell existe un vacío en los análisis de masculinidades en América Latina pues “los estudios sobre jóvenes, como campo de investigación se encuentran a la baja; siendo difícil encontrar una línea coherente de pensamiento sobre los problemas de adolescencia y masculinidad” (2003, 54). Esta idea nos remite a repensar este campo y sus implicaciones para encontrar la línea en la que el presente trabajo puede aportar al debate sobre las masculinidades en la región. Ese escenario es la cotidianidad en la cual los adolescentes aprenden a conjugar su propia masculinidad en términos de poder y muy vinculada a la representación de los arquetipos masculinos.

1.2.Masculinidades

Para definir la categoría de masculinidades se parte de los aportes antropológicos de Matthew Gutmann, que expone cuatro concepciones comunes sobre la masculinidad:

El primer concepto de masculinidad sostiene que esta es, por definición, cualquier cosa que los hombres piensen y hagan. El segundo afirma que la masculinidad es todo lo que los hombres piensen y hagan para ser hombres. El tercero plantea que algunos hombres, inherentemente o por adscripción, son considerados “más hombres” que otros hombres. La última forma de abordar la masculinidad subraya la importancia central y general de las relaciones masculino-femenino, de tal manera que la masculinidad es cualquier cosa que no sean las mujeres (Gutmann 1998, 246).

De estas formas de entender la masculinidad, según el autor, se desprende una idea base: la de comprenderla en contraposición a lo femenino y reforzada a través de lo que los hombres puedan hacer para ser considerados o llamados hombres frente a sus pares. En consecuencia, podemos afirmar que la masculinidad se va construyendo en aprobación conjunta entre hombres de una población determinada.

Otra visión antropológica es la de Gutmann (1998, 48): “la antropología siempre ha tenido que ver con hombres hablando con hombres sobre hombres; no obstante, es bastante reciente que dentro de la disciplina unos hayan examinado a los hombres como *hombres*”.

Kaufman considera que existe “una masculinidad obsesiva”, para referirse a situaciones en que los varones tratan de demostrarse a sí mismo y a los demás como varones porque tienen

temor de “dejar de ser hombres”. Así tengan prácticas sexuales con otros hombres no la consideran homosexual porque argumentan que si ellos penetran no están enmarcados en esa categoría, por lo que se legitima el uso del poder sobre los otros, sean hombres o mujeres (Kaufman 1994 citado por Figueroa-Perea 1998, 92).

Otro de los aportes importantes a los debates sobre masculinidades lo realiza Kimmel al plantear que la masculinidad es entendida a través de la feminidad, en un contexto sociocultural específico y frente a todo lo que se opone al ser masculino. “Hemos llegado a conocer lo que significa ser un hombre en nuestra cultura al ubicar nuestras definiciones en oposición a un conjunto de otros, minorías raciales, minorías sexuales, y, por sobre todo, las mujeres” (Kimmel 1997, 49).

Es decir, las masculinidades adquieren sentidos específicos y son contingentes al momento histórico y el contexto social y cultural en que se construyen. Por ello, en este estudio relacionamos la construcción de la masculinidad con los mundos laborales y sociales de los jóvenes rurales.

Una contribución importante proviene de Andrade (2001), quien subraya el rol de la homosocialidad en la construcción de la masculinidad. Para este autor, la masculinidad es mirada como aprobación, como una especie de validación homosocial, existiendo una aceptación a través del otro que aprueba y a su vez reta a la consecución de logros, para de “definirse a sí mismos como hombres” (Andrade 2001, 14). Esta idea se relaciona con la argumentación de Kimmel sobre que la lucha por competir entre los hombres como base para esa aprobación social en constante movimiento, pues “otros hombres estamos bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres” (1997, 54).

Por otro lado, en cada sociedad se establecen normas o perfiles de lo que se espera tanto de hombres como de mujeres; de ahí que los estudios sobre masculinidades que se han desarrollado tienen por característica “dejar de lado al hombre como representante general de la humanidad y adoptar el estudio de la masculinidad y las experiencias de los hombres como específicas de cada formación socio-histórica-cultural” (Minello Martini 2002, 13). Esto nos remite a pensar que las representaciones de lo masculino y lo femenino poseen una amplia gama de encuentros y desencuentros en espacios y culturas rurales, que además se construyen a partir de sus propias normas y costumbres. Por ello, la importancia de analizarlo desde sus

prácticas y mirar las representaciones de género que se pueden construir a partir de estas en la cotidianidad.

Vale señalar que la categoría ha sido ampliamente debatida, pues actualmente podríamos entender las masculinidades en un sentido más extenso gracias al abanico de investigaciones que han aportado a dicha categoría en estos últimos años. En este sentido, es vital poder entender que existen diferentes tipos de masculinidades y diversas formas de entenderlas, de vivirlas y de expresarse a través de ellas. Lo anterior nos remite a pensar que depende mucho del entorno en que los hombres se desenvuelven y de cómo los hombres socializan su masculinidad en armonía o tensión con su otro masculino o femenino.

Sin embargo, Connell afirma que la masculinidad “no debe ser suficiente con reconocer que [...] es diversa, sino que también debemos reconocer las relaciones entre las diferentes formas de masculinidad: relaciones de alianza, dominio y subordinación” (2003, 61). Entendiendo que el estudio de las masculinidades se encuentra atravesado por relaciones de poder internas de los grupos, en este caso de hombres adolescentes, se reconoce una jerarquización clara entre el dominante y su subordinado, para lo cual nos resulta relevante examinar qué tipo de implicaciones trae consigo ya dentro de la práctica cotidiana, de acuerdo con el espacio de socialización.

Otro aporte importante al debate es el que plantea Mara Viveros Vigoya (2002) en su estudio sobre *La construcción de la masculinidad entre poblaciones negras en Colombia*, esta señala que existen rasgos de la masculinidad hegemónica que los hombres destacan desde sus cualidades y perspectivas como hombres, que más allá de las diferencias culturales en fondo reafirman modelos hegemónicos de masculinidad (Viveros Vigoya 2002, 308), como proveedores y viriles. Esto le permite de cierto modo, crear un tipo de competencia frente a otros hombres, que se ve reflejado a partir de su capacidad o no de proveer bienes para su familia, así como la libertad de poseer más de una mujer (Viveros Vigoya 2002, 309).

Por otro lado, desde la perspectiva del autor Bonino es importante mirar que: “lo masculino y sus valores siguen aún tomándose en la cultura [...] como paradigma de normalidad, salud, madurez y autonomía” (2000, 41). Considera que la masculinidad es una organización más o menos coherente de significados y normas que se imponen según el autor desde la representación misma del patriarcado visibilizando que se puede entender la existencia de “la

superioridad masculina sobre las mujeres, por la que los varones se creen con mayor derecho que ellas a la libertad, las oportunidades y el buen trato” (2000, 47). En esta misma línea podemos apreciar que existe una suerte de naturalización de la masculinidad que está enmarcada por las prácticas culturales y por esa legitimación social de la supremacía de los hombres sobre las mujeres, que se refleja en una división sexual y jerárquica de los cuerpos y sus significados entendidos socioculturalmente.

Entonces al hablar sobre masculinidades desde varias perspectivas, podríamos trabajar también sobre lo que Kimmel (1997, 49) entiende respecto de la masculinidad cuando afirma que esta es “un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros y con nuestro mundo”. Esta mirada un poco más sociológica devela cuestiones relacionadas con otros actores, en la que se conjugan relaciones de poder que no siempre permanecen, que cambian y que se encuentran estrechamente ligadas con otros y otras actrices indistintamente del género al que pertenezcan.

Las masculinidades en este sentido, como campo de estudio, nos ha brindado un amplio panorama para abordar el trabajo con hombres, sin embargo, creo importante que se pueda extender a lugares poco o nada explorados, en los que se encuentren vacíos en la literatura. En este caso, nuestro interés radica en acercar las masculinidades y las relaciones homoeróticas a un territorio rural de la zona costera, recordando que las mismas están cargadas de aspectos como la identidad local, la sexualidad y atravesadas por las condiciones de la economía local bananera como mayor fuente de ingresos.

Por ello, es importante retomar a autores claves en los estudios de las masculinidades. Volvemos sobre Gutmann (1996) quien, por ejemplo, plantea que las masculinidades es todo aquello que los hombres dicen y hacen para ser considerados “hombres”, y que esto está siempre cargado de simbolismo no solamente para ellos, sino en contraposición con el otro, refiriéndose específicamente a la mujer. En cambio, Connell considera significativa “la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (1997, 6). Esto a su vez nos remite a pensar en una diferencia marcada entre ambos y que se encuentra marcada además de simbolismo y poder, por lo que en palabras de Sedler (2007, 443), “la masculinidad hegemónica impone ciertas normas que hacen que, para los varones, a distintas escalas, no sea común expresar sus

más íntimos sentimientos, expresar ternura, mostrarse sobrepasados hasta las lágrimas”.

Connell también hace referencia a que:

(...) cualquier masculinidad, como una configuración de la práctica, se ubica simultáneamente en varias estructuras de relación, que pueden estar siguiendo diferentes trayectorias históricas. Por consiguiente, la masculinidad, así como la femineidad, siempre está asociada a contradicciones internas y rupturas históricas (Connell 1997, 37).

Visto de este modo quizá las relaciones de género implícitas en este escenario siguen cargando de significado a las prácticas que los hombres desarrollan, recordando que existe un proceso cargado de simbolismo al momento en que las relaciones homoeróticas cumplen también un rol de penetrativo. Ello genera una relación de poder al lanzar hacia el otro lado a quienes cumplen un rol femenino en la relación sexual.

Por su parte, Kimmel (1997) nos acerca un poco más al trabajo de masculinidades desde la noción del género como parte fundante. Primero, admite que el género es un sistema de clasificación que no solo establece que las mujeres se convierten en “femeninas” y los hombres en “masculinos”, sino que es un entramado de relaciones entre mujeres y hombres que gira en torno a nociones de poder y, consecuentemente, de desigualdad. Relacionar el género con el poder es un elemento esencial para el feminismo. La segunda contribución del feminismo al desarrollo de los estudios de las masculinidades provino de las aportaciones realizadas por lesbianas y mujeres de color. Sus ideas ayudaron a los estudiosos de la masculinidad a reconocer que la homofobia, por ejemplo, es uno de los principios organizadores de lo masculino. La homofobia explica no solo la manera en que entendemos las relaciones entre hombres heterosexuales y homosexuales, sino también como funciona la construcción de la masculinidad.

Todo esto sirve como soporte para entender las relaciones de género y cómo estas se dan mediante mecanismos de poder y subordinación, en este caso sobre personas homosexuales. En este sentido, podemos también entender que la masculinidad, según Faur (2004, 51), no se construye solo desde discursos de negación, pues explica que “hay fuertes mandatos afirmativos sobre lo que un hombre debe ser, sobre lo que hace efectiva y positivamente diferente a un hombre respecto de aquellos a los que no deberá parecerse”. Tiene una connotación fuerte ejercer la masculinidad en contextos rurales, en la que los hombres están

probándose a sí mismo que se diferencian del resto, que a medida que realizan acciones, estos van legitimándose frente a sus otros como más o menos hombres.

Por otro lado, es importante recordar el contexto y que “las identidades masculinas son entendidas como producto de un orden cultural que define tanto el sistema de dominación entre géneros como las jerarquías y competencias entre hombres” (Herrera y Rodríguez 2001, 159). La literatura también nos brinda herramientas para entender en cada contexto lo que estos actores pretenden ejercer, además cómo estos se construyen siempre mirando al otro y cómo el aporte de la cultura local ha creado una historia fuerte legitimada en las prácticas de carácter homoeróticas.

Las prácticas de carácter homoerótico tienen una fuerte presencia en el estudio de las masculinidades, cuestión que destaca al revisar la literatura. Estas prácticas podrían resignificarse y presentarse en modelos de representación dominante, recreando los mismos patrones de conducta que se tiene frente a las mujeres. Se crean procesos de dominación y reencarnan las mismas prácticas de sometimiento y dominación existentes dentro de una relación de carácter heterosexual. Al respecto, Núñez Noriega, con base en el estudio de relaciones homoeróticas en México, hace referencia a este proceso acotando que:

(...) a un discurso dominante, antropológico y de sentido común, sobre las experiencias homoeróticas entre varones, construido a partir de los binomios penetrador-penetrado, activo-pasivo, hombre-joto, dominante-dominado que, aunque hace sentido para entender ciertas relaciones homoeróticas, es inadecuado para entender muchas otras, y más aún, representa un obstáculo teórico-metodológico para conocer el vasto paisaje de placeres, significados, exploraciones eróticas, atrevimientos y transgresiones identitarios que acontecen en los eventos eróticos entre varones (Núñez Noriega 2007, 274)..

Por un lado, el autor nos plantea un abanico de posibilidades y nos permite también conocer las limitantes al categorizar y encasillar dichas relaciones, pues las formas de conocer y reconocerse frente a ellas son mucho más amplias y específicas en ciertos casos – como el de La Iberia, por ejemplo—. Podría también darse de forma diferente este proceso, podrían en otros espacios no ser como se cuenta frente a sus pares (dominación masculina frente al otro). Las relaciones homoeróticas están cargadas de significación para quienes las practican, pero quizá pueden ser diferentes en una cultura determinada, ya que “utilizar categorías sexuales

modernas como gay u homosexual para nombrar y entender las relaciones eróticas entre varones” (Núñez Noriega 2007, 57), no resulte apropiado puesto que podría crear cierta distancia de la realidad que como investigadores buscamos.

Por otro lado, es importante destacar que a pesar de que los estudios sobre masculinidades han crecido de manera considerable en las últimas décadas, estos no han abordado estudios desde la relación con adolescencia, juventud, atravesada por la sexualidad y mucho menos relacionándola con áreas rurales como foco de interés. Por ello, el esfuerzo que realizamos para esta investigación es importante y esperamos se pueda debatir más y de mejor manera sobre lo que implica ser hombre en otros contextos, lejos de las ciudades. En síntesis, los estudios de masculinidades han sido muy diversos, pero existen muy pocos que se centran en abordar el tema en contextos rurales y sobre todo en un contexto de precariedad como el que se examina en esta tesis.

1.3. Sexualidad

Para abordar una parte fundamental de nuestra investigación, el segundo eje teórico importante y que desarrollaremos para el debate es la definición de sexualidad, cuyas dinámicas en este caso girarían en torno a las relaciones afectivas, de relacionamiento con otros actores y actrices en el campo de lo rural por parte de adolescentes. Analizaremos también la relación que tiene la categoría sexualidad con la de prácticas homoeróticas y a su vez esta con la masculinidad, puesto que la relación existente entre estas categorías brindará un sustento teórico importante para la investigación.

Según Szasz la sexualidad se refiere a un proceso social y culturalmente construido a lo largo de la historia y que se ha abordado desde diferentes aristas, en la que se entrevé lo social, el género, la clase, la generación y la cultura, tal como lo sugiere en su análisis sobre sexualidad en mujeres y hombres jóvenes de sectores populares de México:

La construcción de individuos como sujetos capaces de tomar decisiones sobre su sexualidad y de orientarlas de manera coherente con su proyecto de vida es problemática para estas jóvenes. Las desigualdades socioeconómicas y de género afectan sus estructuras de opciones y su capacidad de actuar sobre la realidad y orientar cursos de acción (Szasz 1998, 95).

En el caso particular de la categoría es importante remarcar que, en sus inicios, esta estuvo abordada desde una perspectiva biomédica junto con la psicológica. A su vez fueron estudiadas desde metodologías relacionadas con datos más cuantitativos, mirando a las y los individuos bajo parámetros de normalización binaria y muchas veces confundiendo las relaciones sexuales con la sexualidad de las personas.

Ahora bien, más recientemente Tuñón y Eroza (2001, 214) destacan lo importante de reconocer el aporte significativo que los estudios de género han realizado al campo de la sexualidad. Señalan que esta no solo ha aportado con literatura interesante para el debate, sino que la ha abordado desde la reflexividad al reconocer además que la sexualidad puede estar condicionada no solamente desde la biología, con la asignación de un sexo a una persona indistintamente de su condición de género, sino también que en esta se reconoce como construcciones sociales ligadas al placer y disfrute de los cuerpos.

Lo señalado en el párrafo anterior se articula con una perspectiva constructivista de la sexualidad y que da cuenta que es imperante analizarla desde diferentes espacios y contextos, ya que podría estar ligado a modificaciones dependiendo la región. En nuestro caso, la zona costera del Ecuador, influyen una serie de elementos, entre estos quizá los más destacados son los aspectos culturales y sociales que produce el entorno, que si miráramos con detenimiento nos plantearía un panorama muy diferente del que podemos identificar en las ciudades.

Por otro lado, es vital destacar a Foucault (2007) a partir de su valioso aporte desde *La Historia de la sexualidad I*, en el capítulo “La incitación a los discursos”. Desde su visión se destacan los mecanismos del poder, y cómo desde estos se inscribe una postura naturalizada y ahistórica dentro de la sociedad. Esto se ha ido construyendo a través de patrones legitimados en la ciencia y en los discursos, debido a que precisamente a través de estos mecanismos de poder se pretende dar cuenta de un único modelo de sexualidad, y de cómo vivirla, reprimiendo y subvalorando unos cuerpos en comparación con otros “ideales”.

En ese sentido, se subraya el valor histórico que ha tenido la sexualidad para los Estados, ya que en ellos se reproducen los ideales de cómo ser y estar en una sociedad determinada, y a través de estos discursos se han creado verdades sobre el sexo y categorías para mantener vigente un orden hegemónico. Dicho en otras palabras, la regulación sobre qué debemos hacer y qué no respecto de nuestros cuerpos ha estado durante mucho tiempo a cargo de los Estados

y es justamente mediante estos discursos que se legitiman las prácticas “correctas” sobre los cuerpos. El autor nos recuerda entonces que la sexualidad ha estado siempre concebida para la reproducción y lejos de ello incluso la propia historia de los Estados nación lo ha condenado (Foucault 2007, 25-47).

En esta misma línea, es necesario resaltar que desde una mirada adultocéntrica “ser joven o adolescente es sinónimo de aprendiz, novicio, inexperto e inmaduro, adjetivos todos ellos validados para quien se encuentra en una etapa de ‘llegar a ser’” (Nauhardt 1995 citado en Tuñón y Eroza 2001, 216). De hecho, en varias culturas no se reconocen a los adolescentes y jóvenes como actores de una sociedad determinada. Dentro de las categorías que manejamos para esta investigación, es esta una de las principales, por lo que la desarrollaremos a profundidad en posteriores capítulos, pero guarda relación con las demás categorías antes examinadas. Estos sujetos están en crecimiento y desarrollo, y en ellos puede incidir la masculinidad hegemónica reforzada mediante la aprobación social de sus pares un rol específico de cómo ser hombre.

1.4.Prácticas homoeróticas y capital erótico

Otra categoría importante y que merece ser tratada a profundidad es la de prácticas homoeróticas, ya que dentro del presente estudio ocupa un papel determinante al fundar un asunto deconstructivo en las masculinidades hegemónicas, binarias y heterosexuales. En este sentido, podríamos entender lo homoerótico como “una tensión entre el deseo de establecer relaciones entre hombres y la mantención del orden heterosexual como marco dominante” (Andrade 2001, 117). Precisamente en esta categoría calza con los sujetos de nuestra investigación, quienes establecen un salto que va desde lo normativo socialmente construido a lo no normativo y que destruye e interpela la categoría binaria de la heterosexualidad.

En este sentido, el deseo es fundante en este terreno, pues es asumido como natural, no obstante, como señala Connell, “cuando consideramos el deseo en términos freudianos, como energía emocional ligada a un objeto, su carácter genérico es claro. Esto es válido tanto para el deseo heterosexual como para el homosexual” (1997, 9). En el caso de estos adolescentes, el deseo está ligado con el placer y no tiene quizá más connotaciones fuera de este. Sin embargo, no olvidemos que también dentro de este existe una relación de poder marcada por la posesión del otro cuerpo, en este sentido los papeles que juegan los roles de género podrían

marcar la forma y los condicionamientos que se dan en una relación tanto afectiva como sexual.

Sobre esto Núñez Noriega asevera que “muchos hombres tienen relaciones sexuales y amorosas con otros hombres al margen de estas tipologías y significaciones; las han tenido simplemente como hombres” (2007, 69). Podría esta acercarse al caso de nuestro estudio, en donde las relaciones de pareja duran años y podrían crear lazos diferentes que solo el sexo o solo las relaciones sexuales como moneda de cambio, podría crearse otro tipo de trato y otro tipo de vínculo entre quien domina y quien es dominado.

Por su parte, García y Ruiz profundizan sobre las relaciones homoeróticas llenas de simbolismos que connotan dominación más que experiencias eróticas propiamente dichas:

(...) el pene, como realidad material, se convierte en falo, como dimensión simbólica del poder y la dominación. La vivencia erótica se reduce así a una obsesión penetrativa como práctica asociada a la 'perentoriedad sexual, que lleva a percibir erróneamente que no hay relación sexual si no se ejecuta una penetración y a centrar el disfrute en la propia descarga eyaculatoria, más que en la experiencia del compartir erótico (2009, 22).

Esto a su vez crea un simbolismo frente a la relación sexual, frente al otro que está siendo penetrado. El acto de posesión de otro cuerpo está ligado a las nociones de género que los hombres han creado como originarias y únicas, de esta manera esto se replica en cualquier relación de carácter homoerótico.

Como bien argumenta Núñez Noriega (2007), las relaciones sexuales de hombres con otros hombres tendrían que ver con procesos de subjetivación de la experiencia individual. “Las posiciones del sujeto en el régimen sexo-género de los varones que tienen relaciones sexuales y/o amorosas con otros varones son diferentes entre sí, y esa diferencia es un reflejo de los diferentes procesos de subjetivación que han experimentado” (Núñez Noriega 2007, 69).

Pero las diferencias o particularidades se encuentran en el grado de relación que tienen o que han generado a lo largo de la relación de pareja. No todos los vínculos podrían estar ligados al sexo, ni todo sexo con otra persona estaría ligado a vínculos de carácter afectivo o amoroso. Toda relación cercana estaría configurada por una historia previa y que cada hombre vive de

manera diferente, al igual que en las relaciones heterosexuales, es la propia vivencia la que genera estos lazos cercanos de mayor o menor trascendencia para los adolescentes o jóvenes.

Por otro lado, autores como Szasz (2004) apelan a la necesidad de producir teorías más localizadas, en las cuales se problematice la relación entre deseos sexuales e identidad. Según el análisis del autor sobre la sexualidad en diferentes culturas, hay “complejos lazos que existen en las diferentes culturas entre la construcción de las identidades de género y las creencias sobre una sexualidad activa como propia de lo masculino y una sexualidad pasiva considerada como femenina” (Szasz 2004, 72). Sería entonces importante permitirnos hacer un análisis de la relación entre el cuerpo y el deseo, esto posibilitaría que podamos mirar que una relación sexual podría estar direccionada a ocupar simplemente roles de género construidos socialmente. A partir de ello sería interesante si estos adolescentes se cuestionaran su identidad o las creencias que han elaborado a partir del otro cuerpo en el que reflejan su heterosexualidad.

Otra categoría que necesariamente debe abordarse es la de capital erótico de Catherine Hakim (2012, 20), pues esta contempla “la belleza, el atractivo sexual, la vitalidad, el saber vestirse bien, el encanto, el don de gentes y la competencia sexual”. Precisamente esta categoría encaja perfectamente con los sujetos de la investigación, pues el papel que ellos desarrollan estaría encaminado a explotar estas características, que encuentran en la juventud su punto de partida y que obedecen además a la oferta y demanda de un mercado sexual que se halla siempre en busca de rostros y pieles por estrenar.

Hakim (2012, 179) plantea que “cualquier mujer (u hombre) con el atractivo necesario tiene la posibilidad de ganar mucho dinero sacando provecho a su capital erótico”. Las personas en el mundo del mercado sexual compran tiempo y compañía, realizan un despliegue exhaustivo a la hora de realizar la selección, como si de colocarse un traje se tratase. Además, la autora analiza la valoración de los cuerpos según estereotipos y sus contextos: “pagan por mirar y tocar cuerpos estupendos, por ver caras guapas y por recibir una sonrisa de bienvenida de jóvenes a quienes suelen llevar veinte o incluso treinta años” (2012, 185). Es importante aclarar que Hakim (2012) hace un trabajo relacionado con lo heterosexual, pero el mundo de las relaciones homoeróticas también podemos encontrar este tipo de prácticas como lo veremos en este estudio.

En definitiva, concebimos en este estudio a las masculinidades como contingentes, socialmente construidas y como relaciones de poder que responden a un determinado orden de género. Así mismo, las relaciones sexuales se construyen en el contexto de este orden de género, en el cual las relaciones heterosexuales tienden a ocupar un lugar dominante pero no único. Las relaciones homoeróticas y el capital erótico coexisten con este orden heterosexual, pueden confirmarlo o también resistirlo. En esta investigación analizamos estas dinámicas y cómo se expresan en el contexto particular de la ruralidad en la Costa ecuatoriana.

Capítulo 2

Historia, trabajo y lógicas del mundo bananero

En este capítulo se realiza una exploración de la historia de la provincia de El Oro y en particular de la parroquia La Iberia, donde se desarrolló el estudio. El objetivo es describir las bases materiales y productivas que identifican el entorno en el cual se desarrollan las vidas de los hombres protagonistas en la presente investigación, esto será fundamental para entender las lógicas y dinámicas históricas que se han desarrollado en esta parte del país.

En un primer momento, se presenta un recuento histórico de la provincia de El Oro y su vinculación con el banano como materia prima dominante para el país y particularmente en la parroquia. En un segundo momento, se caracterizan la parroquia rural de La Iberia y sus dinámicas socioeconómicas, donde habitan los participantes de la investigación. En un tercer momento, nos adentramos en la lógica de la producción bananera y las realidades que giran en torno a ella, pues este es el entorno clave a partir del cual se desarrollan las relaciones de producción en esta parroquia.

2.1. Historia de la provincia de El Oro

La provincia de El Oro, denominada así por la estrecha relación extractivista con el metal precioso desde sus inicios, ha tenido una historia cercana con la producción de materias primas para exportación, principalmente cacao, banano, café, camarón y productos del mar como pescado, concha, cangrejos que son más de consumo local, básicos en la economía de la región. En ese sentido, la provincia ha sido mayoritariamente comerciante y dependiente de los mercados, tanto locales como internacionales, a lo largo de toda su historia.

En sus inicios, como provincia proveedora de materia primaria, tuvo una fuerte presencia en el mercado internacional debido a la exportación de cacao, que fue un producto de calidad y aroma muy por encima de lo que ofrecían otros países. De esa manera, el producto fue posicionándose en el mercado y ganando terreno, incluso llegó a llamarse como “la pepa de oro” y que dominó la entrada de dinero al país por mucho tiempo, antes del famoso *boom* petrolero.

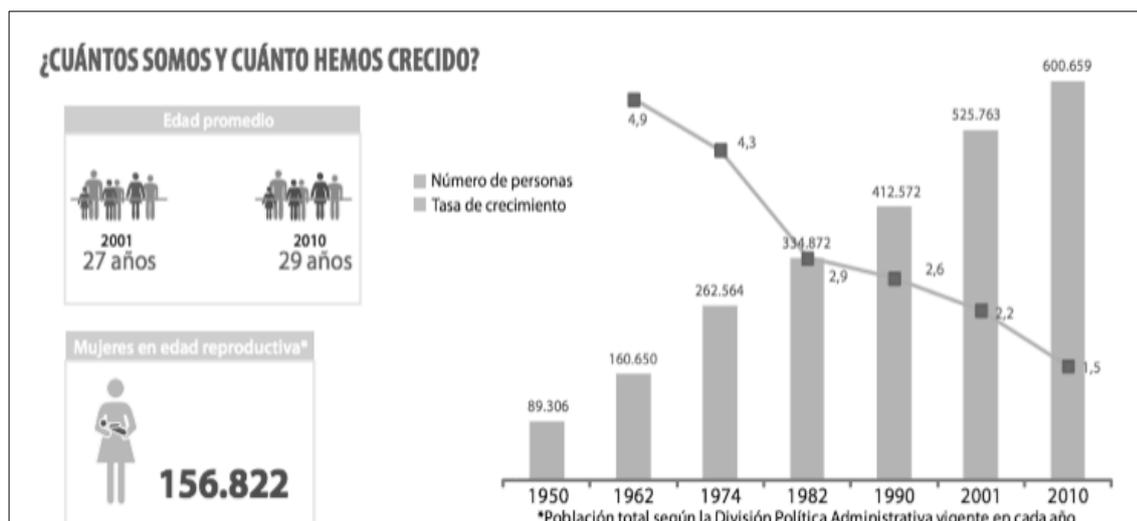
Todo esto a su vez permitió que muchos inversionistas se afincaran en los cantones de Pasaje, Machala, Santa Rosa y El Guabo en las décadas de los cuarenta y cincuenta debido a la alta

demanda y valor que mantenía la fruta. Este proceso es importante pues trae inversión y un ambiente de bonanza y progreso para la provincia. En el marco de todo este desarrollo y auge nace el trabajo jornalero como cadena de producción allá por los años 1880 y 1890, como analizaremos en profundidad más adelante.

En este sentido, es importante además hacer notar que la ubicación geográfica de cantones como El Guabo, por la cuenca del río Jubones y estar atravesado por la Vía Panamericana ha permitido que sean los principales productores de la fruta en el ámbito local. De esta manera, la mano de obra mayoritariamente mestiza y a bajo costo ha creado también las condiciones para emplear de manera parcial o permanente a hombres y poco a poco a más mujeres en la actividad económica principal de las parroquias: la producción de banano.

Acorde con lo anterior, esto conlleva a un crecimiento poblacional en la provincia de El Oro, que se quintuplicó tomando como referencia mediados del siglo pasado y hasta 2010 en que se registra el último censo poblacional en el país (figura 2.1). De igual forma, los cultivos bananeros crecieron y la provincia llegó a liderar en el país la producción de esta fruta de exportación, con más de 40 mil hectáreas en el 2016 cuando ocupó el tercer lugar en hectáreas cultivadas en ese año (CFN 2017).

Figura 2.1. RESULTADOS DEL CENSO DE POBLACIÓN Y VIVIENDA.



Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC (2010).

La fama de la provincia provocó durante años este flujo poblacional atraído por las fuentes de trabajo existentes. El Oro siempre ha recibido a diferentes trabajadores de todas las partes del

país, y en 2019 recibió una oleada impresionante de personas de nacionalidad venezolana – particularmente esta parroquia ha sido un lugar de establecimiento para ellas–. Su posición en una carretera principal, como lo es la Vía Panamericana, ha significado un crecimiento para este lugar, que aunque no se cuenta con datos oficiales, se puede observar gran cantidad de personas en el lugar y de cierto modo en cada punto de la provincia.

Actualmente, mediante la tecnología nos resulta mucho más fácil dimensionar el poderío de la provincia en el nivel nacional, pues solamente con observar mediante Google Maps –que permite visualizar mapas vía satélite de cualquier parte del mundo–, la gran cantidad de monocultivo que recorren la mayoría de los cantones El Guabo, Machala, Pasaje y Santa Rosa en sus zonas rurales nos pueden dar una aproximación a la importancia del cultivo del banano (figura 2.2). Este es una de las principales fuentes de ingresos para los habitantes de las parroquias rurales que han hecho del trabajo a jornal su forma de vida y principal sustento para sus familias.

LA IBERIA – VISTA SATELITAL

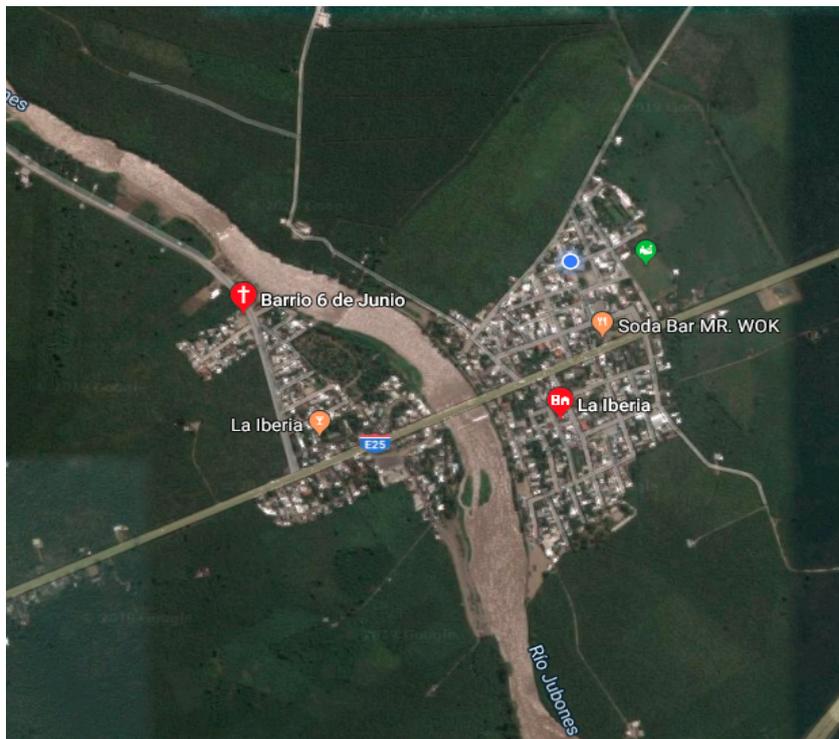


Figura 2.2. El verde en la provincia de El Oro.

Fuente: Google Maps (2019).

Por otro lado, es importante destacar que la población mestiza de la provincia es de 80,5% (INEC 2010) y que mayoritariamente son ellos quienes se emplean en las haciendas bananeras. Muchos de quienes trabajan en la producción de banano son nietos e hijos de quienes fueron los primeros pobladores en estas tierras como La Iberia, donde los primeros asentamientos humanos se produjeron desde las famosas “invasiones” de tierra.

De esta manera, se evidencia que las bananeras juegan un rol importante en la vida económica de la provincia y el país, puesto que “los datos muestran que en el país existe un 28,4 % de pequeños bananeros, mientras que los medianos representan la mayoría de los productores de esta fruta (59,3%), en el otro extremo, los bananeros grandes, con plantaciones por sobre las 100 ha, representan solo el 12,2%, pero en cambio concentran el 51% de la superficie de banano” (Martínez Valle 2004, 4). En este sentido, es necesario mencionar que existe además una situación particular, pues a pesar de que es un elevado número el porcentaje de pequeños productores, estos no realizan una venta directa de la fruta, sino que venden su producción a los medianos productores quienes cuentan con los nexos para realizar los envíos de exportación a otros países; por lo general, acuerdan un valor mucho más bajo del precio oficial en el que se esté tasando cada caja de banano.

Con base en el censo agropecuario de 2001, podemos evidenciar el poderío que tienen los productores de la fruta para la concentración de la tierra y el monocultivo, con la venia muchas de las veces de los pequeños y medianos productores que no pueden competir y en muchas ocasiones hasta terminan por vender el producto a las grandes empresas por no perder las cosechas.

Para Martha Cecilia Ruiz (2019, 2), el pasado de bonanza oreense es evocado en el presente: “la riqueza natural y el comercio son imágenes recurrentes en símbolos, esculturas públicas y libros que narran la historia pasada y presente de esta provincia ubicada en la Costa sur de Ecuador y en la frontera con Perú”. Desde sus primeros pasos como provincia sobresale gala su riqueza en recursos naturales. Aún podemos mirar su fuerte presencia en mercados internacionales mediante la exportación de banano y que le ha significado desde el siglo pasado mantenerse con Machala y su puerto principal Puerto Bolívar como uno de los más destacados del Ecuador, y también ha merecido el apelativo de la capital bananera del mundo.

En la actualidad, de los catorce cantones que componen el territorio orense, tres de ellos siguen liderando la producción bananera: El Guabo, Pasaje y Machala, especialmente en El Guabo, en donde se mantienen dinámicas de trabajo y sociales que particularizan a este cultivo, como veremos más adelante.

2.2. Parroquia La Iberia

Esta parroquia rural tiene un número de habitantes de 3709, según el último censo de población en el país (INEC 2010). Ubicada en el cantón El Guabo y con una extensión territorial de 2000 hectáreas, es una de las más conocidas puesto que la atraviesa la carretera Panamericana. En la figura 2.3 se aprecia su ubicación en el mapa de la provincia.

MAPA PROVINCIA DE EL ORO



Figura 2.3. Ubicación de la parroquia La Iberia en la provincia de El Oro.

Fuente: GAD Parroquial La Iberia (2019).

Se encuentra comprendida por barrios y sitios. En la cabecera parroquial están ubicados los cinco barrios; estos son 26 de abril, 8 de Diciembre, 12 de Octubre, 10 de Agosto y 16 de Noviembre. La Palestina y Riberas del Jubones son los dos sitios que completan la extensión geográfica de la parroquia.

La historia de la parroquia aquí incluida se basa en datos institucionales locales y en las vivencias de quienes han hecho toda su vida en este sector bananero, captadas a través de la interacción y observaciones en varios espacios de la parroquia puesto que los encuentros son indispensables para poder narrar el entramado que se vive dentro de las relaciones homoeróticas y que se han contado quizá por primera vez. “Este era un lugar para sembrar matas de cacao y banano en un principio, eso se producía aquí, ahora ya cacao hay muy poco. Las primeras casitas fueron producto de la invasión a estas tierras y pocas familias en ese entonces vivían aquí” (KAY, joven local, en entrevista con el autor , 7 de Mayo 2019).

El cantón El Guabo tiene tres parroquias rurales que lo constituyen, Barbones, La Iberia y Río Bonito, surgidas de la tradición agrícola local. Antiguamente ambas parroquias habían sido parte de una hacienda de propiedad de un español, de ahí el nombre de La Iberia, que llegó en la época de la siembra del cacao y el café; actualmente se ha perdido esa diversidad de cultivos y hoy solo se cultiva banano. El nombre de Barbones, según gente del propio sector, también se debe a la presencia de personas de barba larga de procedencia española. Incluso en una pequeña reseña que se levantó para la construcción del Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial (PDOT) en el año 2010, se incluye que “antes esta región era una hacienda de propiedad de un español, a la cual la llamó La Iberia, en honor a la tierra de donde había provenido” (PDOT La Iberia 2010, 13).

Siguiendo la línea histórica de los archivos rescatados para el PDOT, que se construyó en 2010, aparece la posibilidad de que tradicionalmente muchas de las personas residentes del lugar se dedicaran a la producción agrícola, en la que ha sobresalido la siembra y cosecha de banano, pero que anteriormente estaba muy ligada a plantaciones de cacao. Las generaciones de familias como los Gonzabay, Marín, Orellana, Espinoza y León en este lugar han estado siempre ligadas a las labores jornaleras. La historia oral de los habitantes lo corrobora, incluso esto ya desde mucho antes de convertirse en parroquia, ya que en la actualidad apenas cuenta con 31 años de parroquialización, creada el 13 de abril de 1988 y considerada una parroquia joven.

En lo que respecta a la parroquia La Iberia específicamente, donde se centra nuestra investigación, su principal fuente de empleo es el trabajo bananero. También cuenta con la extracción de arena que es sacada del río Jubones, pero esta actividad no representa mayor empleabilidad para sus habitantes. Los jornales de banano han sido el sustento a lo largo de

los años, se conserva aún la tradición en el trabajo, que se ha pasado de generación en generación, personas dedicadas toda su vida a las plantaciones, de las que históricamente se jubilan sin recibir ninguna compensación.

En consecuencia, el uso del suelo mayoritariamente ha estado desde las últimas décadas ligado específicamente a la producción de banano para la exportación. Esto, a su vez, ha generado un gran impacto en la empleabilidad de los habitantes, tomando en cuenta estas condiciones el 54,78 % de la población económicamente activa desarrolla sus actividades en zonas bananeras en trabajos de jornal, como consta en la tabla 2.1.

Tabla 2.1. DESCRIPCIÓN OCUPACIONAL DE PARROQUIA LA IBERIA

| Categoría de ocupación | Casos | % | Acumulado % |
|--|-------------|---------------|---------------|
| Empleado/a u obrero/a del Estado, Gobierno, Municipio, Consejo Provincial, Juntas Parroquiales | 47 | 3,23 | 3,23 |
| Empleado/a u obrero/a privado | 251 | 17,25 | 20,48 |
| Jornalero/a o peón | 797 | 54,78 | 75,26 |
| Patrono/a | 12 | 0,82 | 76,08 |
| Socio/a | 6 | 0,41 | 76,49 |
| Cuenta propia | 216 | 14,85 | 91,34 |
| Trabajador/a no remunerado | 22 | 1,51 | 92,85 |
| Empleado/a doméstico/a | 38 | 2,61 | 95,46 |
| Se ignora | 66 | 4,54 | 100,00 |
| Total | 1455 | 100,00 | 100,00 |
| NSA: | 2254 | | |

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC (2010).

De esta forma, la extensión de tierra de la parroquia La Iberia está destinada principalmente a la producción de banano, esta “posee aproximadamente 1414,91 ha de las cuales cerca del 92% está destinada a la producción agropecuaria” (PDOT La Iberia 2010, 153). Por lo que la información ocupacional de la tabla 1 evidencia que el trabajo jornalero se coloca como el principal ingreso económico con el que cuentan los habitantes de la parroquia. Otro dato importante es que las haciendas ocupan una gran cantidad de hectáreas de banano,

correspondientes al suelo de la parroquia y que se encuentran en uso del monocultivo acentuado desde décadas anteriores. Además, en el PDOT podemos encontrar que existen:

(...) otros tipos de cultivos propios de la zona que están a lo largo de todo el territorio parroquial y ocupan tan solo el 2% de la superficie destinada a la producción de la parroquia. En estas plantaciones podemos encontrar los siguientes cultivos: cacao, cítricos, verde, papaya y ciclo corto. Las plantaciones no tienen un esquema determinado, sino que se encuentran intercaladas las diferentes plantaciones y en huertos familiares. El uso que se le dan a estos productos es para el autoconsumo y auto-sustento, ya que lo que no es consumido lo venden a los pobladores de la zona (PDOT La Iberia 2010, 144).

Esto significa que, como ya habíamos mencionado, el suelo de la parroquia se emplea casi exclusivamente para la producción bananera, mostrándose además como la principal fuente de empleo de la parroquia.

Otro aspecto importante, y que tiene que ver con todos los aspectos de la vida de los jóvenes y la relación de ellos con el entorno, es el de los índices de pobreza, en este lugar del país, que cuenta con muy pocas alternativas de empleabilidad más allá del trabajo a jornal en las haciendas bananeras, los niveles de pobreza son muy elevados. En la tabla 2.2 se presenta la relación con el cantón y con el resto de parroquias que lo componen.

Tabla 2.2. NECESIDADES BÁSICAS INSATISFECHAS

| Parroquias | Población según nivel de pobreza | | | | |
|---------------------|----------------------------------|-----------------|---------------|-------------------------|----------------------|
| | Población no pobre | Población pobre | Total | % de población no pobre | % de población pobre |
| El Guabo | 9545 | 20 167 | 29 712 | 32,13 | 67,87 |
| Barbones (Sucre) | 986 | 4667 | 5.653 | 17,44 | 82,56 |
| La Iberia | 866 | 2833 | 3699 | 23,41 | 76,59 |
| Tendales | 228 | 4796 | 5024 | 4,54 | 95,46 |
| Río Bonito | 1130 | 4334 | 5464 | 20,68 | 79,32 |
| Total | 12 755 | 36 797 | 49 552 | 25,74 | 74,26 |

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC (2010).

Tras analizar los datos de la tabla podemos ver cuán dura es la realidad de la parroquia y cómo esta hace juego en bloque con otro tipo de necesidades. El 76,59% resulta preocupante, quizá tenga mucho que ver con lo que realizan o no las autoridades para mejorar las condiciones de vida de los habitantes. De cualquier forma, resultan alarmante las condiciones de vida de la población.

Otro dato interesante que es necesario traer a colación para la investigación se refiere a los niveles de educación de la población de esta parroquia. A pesar de que la gratuidad ha permitido el acceso a la misma, las dinámicas en contextos rurales distan mucho de lo que sucede en las ciudades, la gente se sigue dedicando al campo y a las cosechas de frutas. Así como consta en la tabla 2.3, los niveles de educación superior apenas llegan a 5,76 %.

Tabla 2. 3. NIVELES DE EDUCACIÓN

| Niveles de educación | Casos | Porcentaje (%) | Acumulado en % |
|-------------------------------|--------------|-----------------------|-----------------------|
| Ninguno | 167 | 5,09 | 5,09 |
| Centro de alfabetización | 26 | 0,79 | 5,88 |
| Preescolar | 55 | 1,67 | 7,55 |
| Primario | 1338 | 40,74 | 48,29 |
| Secundario | 865 | 26,34 | 74,63 |
| Educación Básica | 297 | 9,04 | 83,68 |
| Bachillerato- Educación media | 195 | 5,94 | 89,62 |
| Ciclo posbachillerato | 28 | 0,85 | 90,47 |
| Superior | 189 | 5,76 | 96,22 |
| Posgrado | 6 | 0,18 | 96,41 |
| Se ignora | 118 | 3,59 | 100 |
| Total | 3284 | 100 | 100 |

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC (2010).

2.3. La Iberia en el contexto histórico bananero ecuatoriano

Es importante que recordemos la historia de las haciendas bananeras en sus inicios. Trabajos etnográficos como el de Steve Striffler (2000) en la provincia del Guayas, más específicamente en Tenguel sobre la Hacienda United Fruit –una de las más grandes

compañías de banano alrededor del mundo— que data de 1950 con el auge del *boom* bananero² para nuestro país. Este trabajo detalla mucho de lo que se vivía en aquella época.

El caso de la Hacienda Tenguel, perteneciente a la vecina provincia del Guayas, es muy particular debido a las condiciones en las que se encontraban los trabajadores de banano y sus familias por la compañía, ya que esta manejaba un sistema de carácter paternalista y protector con sus empleados. Por lo que, según Striffler (2000),

(...) desde el comienzo, la United Fruit equiparaba una fuerza laboral estable con una fuerza laboral casada. La compañía no solamente quería atraer a hombres, sino generalmente hombres jóvenes, generalmente entre los 20 y 25 años, quienes traerían a sus familias y residirían en la zona permanentemente (2000, 161).

De esta manera podemos evidenciar que la presencia de la compañía imprimiría además un marcado acento en los roles para hombres y mujeres dentro de sus haciendas. De acuerdo con la propia investigación, la compañía prefería contar con hombres casados, ya que según sus propios intereses serían estos grupos mucho más fáciles de manejar en comparación con otros que no contaran con dicho núcleo, pues existía una relación de carácter estable y de compromiso con la empresa. Esto se reflejaría en las labores pues tal condición exigía de cierto modo cuidar su empleo, sería de esta forma el modelo de trabajador que la empresa incluiría como perfil. “Para la mayoría, el ideal de la clase media de una familia modelo, basado en el hombre que mantiene el hogar y la mujer ama de casa, era inalcanzable antes de llegar a Tenguel” (Striffler 2000, 161).

Mencionamos este trabajo etnográfico de Striffler (2000) por su cercanía con el universo geográfico del presente estudio y similitudes en lo referente a las divisiones de género que la propia empresa de agroindustria bananera implantó entre su personal de trabajadores y en el poblado. En Tenguel esto generó otros procesos sociales, por ejemplo, se dieron las condiciones para un activismo sindical fuerte, que tuvo su máxima lucha en la reforma agraria de los años sesenta; de esta manera la compañía bananera se vio obligada a despedir masivamente a sus trabajadores, realizó recortes salariales y además eliminó los beneficios que brindaba dentro de sus instalaciones, tales como escuelas y centro de salud gratuitos. Esta

² Denominado así por convertirse Ecuador en el primer exportador mundial de la fruta.

situación provocó que, en la década siguiente a la reforma, la compañía empiece a perder sus tierras y decidan abandonar el país.

También podemos apreciar el trabajo de Luciano Martínez Valle (2004) en la provincia de Cotopaxi sobre la zona bananera de La Maná. Este trabajo es más reciente y explica con más detalle las relaciones laborales que se viven en épocas de globalización. Martínez Valle se refiere a los aspectos de precarización social y laboral de los poblados bananeros. Señala que otro aspecto vital para retratar de manera histórica la situación actual de la provincia es que fue precisamente esta compañía, en este sector de la Costa del país que “creó las condiciones para la reproducción de un proletariado rural ‘in situ’, es decir, dentro de los mismos límites de la hacienda” (2004, 2). Este autor incluso hace referencia a los hallazgos de Striffler (2000), enfatizando en que lo más importante para la compañía en aquella época era generar las condiciones para que los trabajadores puedan realizar todas las facetas de su vida dentro de la misma hacienda; a ese interés particular respondería el hecho de que la compañía bananera en Tenguel se preocupó de la construcción de escuelas, iglesias, etc. Todo esto administrado por hombres y con sueldo suficientemente buenos para que decidan quedarse dentro de la compañía.

No obstante, la reforma agraria dejó a varios de sus trabajadores y familias con tierras para la producción de banano, pero se estima que “hoy en día, la mayor parte de las 700 familias que tomaron parte del proyecto de reforma agraria tienen menos de 10 hectáreas que se les entregó originalmente; la mayoría tiene menos de 5 hectáreas y más de un tercio no tienen nada de tierra” (Striffler 2000, 166). Tomando en cuenta que son datos de inicios de los 2000, podría considerar que inclusive los números habrán bajado de manera considerable, tomando en cuenta que la gran mayoría de las tierras de la provincia pertenecen a pocos y acaudalados empresarios.

Martínez Valle (2004) investiga la producción bananera y la vida en poblados de la zona baja de la provincia de Cotopaxi, en donde si bien las grandes compañías transnacionales ya no están presentes, quedaron como secuelas distintas problemáticas sociolaborales. Por ejemplo, en lugar del gran productor y exportador bananero, existen los pequeños y medianos productores, quienes se involucran en prácticas informales de captación de mano de obra para el trabajo en el campo. Esta captación, señala Martínez Valle (2004) en su estudio, ocurre

mediante tercerizadoras, es decir, no hay una relación laboral directa obrero-patrón, lo cual mantiene las relaciones de desigualdad y explotación.

Martínez Valle (2004, 149) cita a Salama señalando cómo un poblado deprimido, descapitalizado socialmente y desorganizado, así como la flexibilización de la mano de obra en la zona reproducen antiguas formas de “extracción de plusvalía”. En su reflexión agrega lo siguiente: “en el área estudiada el capital parece haber encontrado un medio propicio para sacar el máximo beneficio de la abundante mano de obra carente de niveles mínimos de organicidad y sin protección del Estado” (2004, 149).

Martínez Valle se refiere a la importancia del espacio donde se concretizan estas relaciones desiguales entre el capital y la mano de obra barata y flexibilizada. Sin embargo, este autor rescata estos espacios y deja entrever en ellos las posibilidades de respuesta frente al poder. Señala que podrían ser a futuro los posibles escenarios en donde se generen las condiciones para que se cumplan los derechos de los trabajadores bananeros (2004, 148).

En el caso de La Iberia no hubo una intervención directa de instalaciones de compañías transnacionales de la industria bananera como en Tenguel, pero sí se han dado similares condiciones socioeconómicas por ser una zona de monocultivo bananero. Entre los impactos en lo laboral se pueden mencionar la persistencia de relaciones desiguales, con explotación en cargas horarias, flexibilización de las jornadas de trabajo, informalidad y sin seguridad social, todo esto repercute de manera desfavorable en las condiciones de vida de sus habitantes.

Junto con ello, se han dado impactos socioambientales en el ecosistema de la zona; es clara la persistencia de contaminación por químicos debido a la fumigación vía aérea y en las jornadas laborales dentro de la producción. También se acentúan problemas de alcoholismo desde edades tempranas, relacionado muy de cerca con el consumo de drogas, violencia basada en género en los hogares, que se proyecta incluso en la participación política de los barrios y sitios, al ser la mayoría liderados por hombres.

Además, se aprecia la falta de perspectivas para el futuro con relación a estudios superiores, por ejemplo, se puede evidenciar en los niveles de acceso a educación y en los altos índices de deserción escolar. Se trata de un panorama del presente apegado a su forma de vivir el día a día en referencia al trabajo esporádico en los cultivos de banano, sumado a que la parroquia

cuenta con muy pocos espacios para el ocio y la recreación o profesionalización en actividades relacionadas con el deporte, esto se traduce a su vez a las bajas proyecciones a futuro en cuanto a otros trabajos o profesiones y sin aspiraciones a una jubilación.

Capítulo 3

Lógicas del banano y sus realidades

El presente capítulo trata sobre el trabajo en las bananeras, analizado en clave de género y generacional y a través del cual se puede ver la división sexual del trabajo en este tipo de actividad económica, por edad y por sexo. A su vez, son espacios de construcción de masculinidades en zonas agrícolas de monocultivos. Tomando en cuenta la caracterización de los jornaleros de cuadrillas bananeras, quienes en su mayoría son jóvenes, podemos entrever la configuración de relaciones homoeróticas en el marco de las dinámicas de trabajo en estas plantaciones.

Con este panorama, nos es imprescindible retratar las lógicas que giran en torno a la producción bananera y el trabajo de jornaleros que se realiza en las haciendas grandes y también dentro de las pequeñas empacadoras³ de banano. Para empezar, es importante recalcar que comúnmente a la producción de banano en sectores populares y recintos de las parroquias rurales, en este caso del cantón El Guabo, se le denomina al día de trabajo embarque,⁴ el cual está compuesto por todo el proceso de producción dentro de la hacienda o la empacadora de banano, hasta el llenado del producto en camiones o contenedores para su exportación.

Generalmente, existen grupos de trabajadores para las haciendas locales, denominados dentro del vocabulario de la gente como cuadrilla de trabajadores. Esta cuadrilla es para personas que habitualmente cuentan con un trabajo regular de alrededor de tres días a la semana, en comparación con otros trabajadores que logran hacer máximo dos días a la semana. Este tipo de contratación, por una hacienda mediana o grande, comprende la principal forma de “estabilidad laboral” en lo que respecta al trabajo bananero, pues debemos mencionar que la mayoría de trabajadores no se encuentran bajo relación de dependencia y sus trabajos además de esporádicos, son muy mal remunerados, y se desconocen los derechos laborales y otros beneficios.

³ Lugar donde se produce la producción de la caja de banano, sea de una hacienda o simplemente una producción pequeña.

⁴ Embarque es todo el proceso del día de trabajo de los jornaleros, llamado así por el proceso último de embarcar la fruta hasta el transporte.

En este caso es importante remarcar que para ganarse el “privilegio” de pertenecer a una cuadrilla, se debe por lo menos estar un año asistiendo de manera eventual al trabajo, lo que significa que, durante ese año, no tienen un puesto fijo de trabajo. También vale recalcar que el hecho de que estar fijo no te garantiza que tengas acceso al seguro social campesino. Otra de la forma de ingresar es mediante el despido de personas, así se abren vacantes y pueden ser completadas las plazas por personas que asistían, como hemos mencionado, de manera regular cuando había mayor producción y se necesitaba de más gente para la cuadrilla.

Muchas personas que pertenecen en la actualidad a una cuadrilla han ganado su lugar por su trabajo de años al servicio de alguna hacienda, esto en el caso de personas de 20 años de edad o menos. Significa entonces que muchos entre quienes en la actualidad han ganado ese derecho cuentan con una experiencia de por lo menos de cinco años. Esto se debe a que los jóvenes desde muy pequeños han desarrollado actividades dentro del jornal de trabajo, pero, aunque hayan ganado ese derecho, este les significó trabajar durante ocho horas igual que el resto de personas de la cuadrilla, por la mitad del sueldo que los otros percibían, aduciendo que estos no se encontraban calificados para el trabajo y asistían en forma de aprendiz.

Es muy común, no solo en La Iberia sino en los distintos sectores de El Guabo, ver a adolescentes dentro del trabajo bananero; muchos han abandonado sus estudios para poder ingresar al jornal de trabajo. La actividad bananera es el principal sustento con el que cuentan los habitantes de las tres parroquias rurales del cantón; bajo esta premisa, es indispensable analizar cómo la deserción de estudios desde los 14 años en adelante aumenta. Si a ello se suman los bajos salarios y prestaciones que ofrecen los dueños de las haciendas, se impulsa a que cada vez más adolescente tengan que verse en la obligación de ayudar a sus padres con los gastos del hogar.

Además, la mayoría de personas que trabajan en las haciendas bananeras no cuentan con un seguro de salud para cubrir enfermedades causadas por el mismo deterioro al que se exponen durante las jornadas labores, debido a fungicidas y plaguicidas, así como a la fumigación por aire con avionetas cerca de los poblados, que produce afectaciones a la salud para los jornaleros del banano.

A pesar de que las haciendas cuenten regularmente con personas para su cuadrilla de trabajo, cabe mencionar que difícilmente encontraremos sindicatos de trabajadores en zonas rurales

del cantón, debido a la falta muchas veces de conocimiento de las leyes y normativas vigentes respecto del trabajo. Esto incide, a su vez, en la vulneración de los derechos de los trabajadores.

Otra de las formas de emplearse es por día trabajado, en el cual los jornaleros no tienen días fijos de trabajo a la semana, simplemente asisten a los que pueden. Para ello, se levantan a las cinco de la mañana y van al lugar donde los camiones de las bananeras recogen a los trabajadores. En el caso de que faltase alguna persona podrían ser contratados, pero esto también lo determinará el tipo de labor que realice o que se esté requiriendo para el jornal. Los tipos de oficio para los que se contrata pueden ser como estibadores, garrucheros, arrumadores, cortadores, picadores, pesadores, embaladores, fumigadoras, selladoras y quienes pegan cartón. De acuerdo con los jóvenes que participaron de la investigación estas son las actividades que realizan para subsistir, y conviven con esta realidad desde su nacimiento, pues es la forma más visible de empleabilidad en esta zona rural. A continuación, detallaremos estos trabajos y por qué algunos se encuentran en masculino y otros en femenino.

Cabe mencionar que en los cultivos bananeros existen trabajos específicos para hombres y para mujeres, esto lo dicta una norma impuesta por quienes organizan la cuadrilla de y que culturalmente se encuentra aceptado. Por ejemplo, trabajos como el de estibador de cajas, que consiste en cargar la fruta ya empaquetada, son labores que requieren fuerza y que regularmente lo realizan hombres, ya que se encuentran asociados con la fuerza y la masculinidad, características que se refuerzan cuando se solicita un trabajador.

También se emplean hombres en trabajos como el de los garrucheros, que consiste en transportar de 25 a 30 racimos de banano desde una distancia de 100 a 200 metros –en ocasiones puede ser más– en garruchas y de un solo tirón, amarrados con una faja de la cintura que tira de la fruta para ser llevada a las tinajas de la empacadora para ser usadas por los picadores, quienes son los encargados de cortar el tallo de la fruta y dejar solamente las manos del banano. Estas serán lavadas en unas piscinas con agua para quitar todo el excedente de la mancha que contiene el banano. Cabe mencionar que generalmente quienes realizan la labor de lavado de la fruta son mujeres, entonces podríamos decir que en el embarque existe una jerarquización determinada muchas veces por la fuerza y la condición de género.

Los arrumadores junto con los cortadores realizan un trabajo a la par, pues son los cortadores de la fruta quienes con la ayuda de un podón (objeto de forma triangular de metal cortante que se encuentra incrustada en una caña para podar hojas y cortar la fruta) cortan directamente de la planta el racimo de banano y este cae a una esponja forrada con plástico que se llama cuna y que sirve para el transporte de la fruta y que no sufra mayor estropeo. La fruta puede ser transportada a las garruchas y en caso de que la finca no cuente con este mecanismo, estas deben ser llevadas directamente a la empacadora desde donde se corta la fruta. Este trabajo se realiza durante la mayor parte del tiempo, hasta lograr haber conseguido el número exacto de banano para la producción del día.

Los picadores se encargan del proceso de desmanar (sacar manos de banano para la exportación) la fruta del tallo para que estos sean pesados y a su vez etiquetados con el sello de la caja de banano. Luego, las mujeres fumigadoras realizan el trabajo de colocar una funda al producto, fumigar antes de enviar y aspirar la funda para su conservación, luego de todo este proceso pasa la caja a manos del embalador, quien realiza la acción de dejar la caja de banano totalmente lista con un plástico de embalaje y la coloca en unos rodillos para que se encargue el estibador de subirlas a los camiones o contenedores, dependiendo de la cantidad de cajas de banano que realizaron.

En definitiva, existe una marcada división sexual del trabajo en la que hombres realizan los oficios que requieren fuerza física tales como cargadores de racimos de banano desde la mata hasta los cables y ganchos que llevan la fruta hasta la empacadora; estibadores⁵ de las cajas de banano; paletizadores, que colocan las cajas (llenas) en estructuras de madera para proteger la fruta; y choferes de los grandes camiones y tráileres que sacan la fruta de la hacienda. Por su parte, las mujeres desarrollan oficios considerados más “suaves”, tales como limpiar y arreglar la fruta, fumigarlas, etiquetarlas, aspirar el aire de las fundas de empaque; también preparan o llevan la comida para los jornaleros, entre otras cosas relacionadas con el trabajo manual.

De esta manera, se reproducen órdenes de género que asignan tareas típicas para mujeres por considerárselas delicadas y débiles, mientras que a los hombres se les dan trabajos que implican fortaleza física considerados masculinos, en los que siempre se está probando un

⁵ La persona que tapa la caja y la pone en el camión.

asunto de vitalidad y predisposición para ejercer. Así mismo, en cuanto al pago, las mujeres reciben menos por su trabajo, por ejemplo, ellas ganan de 22 a 24 dólares por un día de trabajo, mientras que ellos reciben de 29 a 35 dólares por una jornada (día) de labores.



Figura 3.1. Mujeres en el trabajo manual.

Fuente: Trabajo de campo, 2019.

Tanto mujeres como hombres en su gran mayoría se emplean en las plantaciones de banano y con su sueldo del jornal lograr solventar los gastos familiares, aquel que bordea los 20 y 29 dólares, dependiendo del lugar al que asistan a trabajar, ya que algunas haciendas pagan mejor a sus trabajadores y trabajadoras. Además de ello, como ya se ha mencionado, los adolescentes son quienes también se emplean para el trabajo, estos aprenden a ganar desde muy pequeños dinero por la labor que realizan, algunos aprenden desde muy pequeños, en ocasiones asisten para que se “vuelvan hombres” y aunque no se les reconoce un salario igual al que ganan los adultos, se les exige el mismo tipo de trabajo para emplearlos, estamos hablando de adolescente de 16 y 17 años, específicamente.

De esta forma la precarización de las labores dentro del jornal bananero empieza a muy temprana edad. Las cargas que muchos jóvenes tienen cuando cumplen la mayoría no les permiten desligarse de este escenario para poder buscar educación y mejores condiciones laborales, ya que como hemos mencionado la deserción de los estudios es algo muy presente dentro de la parroquia. El aporte económico que logran realizar los adolescentes con sus días de trabajo cubre, de cierta manera, las necesidades de alimentación y vestido de sus familias, por lo que no se mira como una opción este trabajo, sino más bien como un compromiso que deben asumir como personas adultas.

El mismo PDOT elaborado con base en las dinámicas sociales lo expresa como una realidad palpable y con la que viven los habitantes de la parroquia:

(...) el problema no se soluciona todo con la gratuidad en la educación, sino que la realidad económica que viven los niños y niñas en sus familias, les obliga a trabajar desde muy temprana edad para que ayuden con la economía del hogar, en resumen la pobreza hace que los estudiantes, o se retiren o simplemente no asistan nunca a la escuela, esto sin contar con el alto número de estudiantes, que al terminar el colegio no ingresan a la universidad, debido a que en el cantón no existe, y les resulta demasiado costoso el ir a estudiar a otras ciudades (PDOT La Iberia 2010, 110).

Es importante señalar además que en el cantón la violencia contra las mujeres está normalizada como en varios otros puntos del país. En la actualidad aún suceden muchos casos de violencia intrafamiliar, cuestiones relacionadas con el machismo todavía se encuentran arraigadas en los hombres de ambas localidades y trae como consecuencia por lo general la separación de las familias. Además, en ambas parroquias, y según fuentes del Plan de Desarrollo (PDOT 2010), podemos notar que aún existen casos de maltrato físico a menores y entre cónyuges (generalmente de hombre hacia mujeres). Por su lado, la violencia ciudadana en general en los últimos tiempos ha aumentado de manera proporcional, ya que la situación de la parroquia no es la excepción, también en varios sectores se dan casos de robos.

En este sentido, respecto a las relaciones de género presentes en las parroquias rurales del cantón, se pueden evidenciar que las mujeres que se emplean en trabajos relacionados con el banano ganan menos que los hombres así realicen el mismo trabajo. Además, los trabajos relacionados con la fuerza son casi exclusivos de la población masculina y son más valorados,

lo cual genera una brecha importante en lo que respecta a los ingresos entre hombres y mujeres. Aún persisten los roles de género tradicionales muy marcados en las tareas del hogar; mientras hombres y mujeres participan del trabajo fuera de casa, no reciben el mismo sueldo y muchas veces las mujeres se ven obligadas a realizar actividades extras para poder compensar, entre esas podemos destacar la venta de comidas o la venta de productos de belleza, entre otros.

En ese contexto, con esta investigación examino qué significa encarnar la masculinidad en sectores donde prima la fuerza y donde se valoriza más el trabajo de los hombres por encima del de las mujeres. Considero que además es importante analizar las lógicas que giran en torno a la producción de banano, puesto que la deslocalización, por ejemplo, de las empresas que trabajan con el banano podría estar conllevando a que los empresarios locales no cumplan con la normativa vigente y se pasen las leyes y los sueldos mínimos por alto, generando mayor desigualdad y pobreza.

Además, la precarización del trabajo bananero sigue fomentando desigualdad social y empobrecimiento en sus habitantes, puesto que la gran mayoría de los trabajadores no cuenta con un contrato que estipule su ganancia mensual, su seguro social campesino o le genere estabilidad laboral. Esta situación invisibiliza a quienes son dueños de las compañías, sean estas grandes, medianas o pequeñas. El trato que tienen los y las trabajadoras es con el capataz de la hacienda, tal proceder genera una invisibilización de las responsabilidades de quienes los contratan, ya que las negociaciones de salarios o ajustes de precio no son tratadas entre el empleador y el empleado, sino desde un tercero –los capataces de las haciendas–. La figura del capataz se ocupa de garantizar que la gente de la cuadrilla esté lista para el día de embarque, que se encuentren disponibles y cubrir todos los puestos en que se requiere mano de obra y, más que nada, que no reclamen derechos, ya que muchas veces ser contratados ocasionalmente, esto no sería de su competencia.

De esta forma, las demandas del trabajador no son vistas como un problema, sino más bien se minimizan y esconden en la gran demanda de trabajo. Por ello y en estos contextos de desigualdades, las mujeres a pesar de las desigualdades que viven, aún siguen regresando a las haciendas, debido a que posiblemente sean las únicas oportunidades de empleo, y, de igual forma, los jóvenes ven en las bananeras sus únicas perspectivas de trabajo desde muy temprana edad.

3.1. Los “trans” en las bananeras. ¿Diferenciaciones?

Los hombres trabajamos en el campo haciendo el trabajo fuerte,
las mujeres se ocupan de otras cosas más suaves.
—JHO, joven local, en entrevista con el autor, 22 de marzo 2019.

Es importante que podamos visibilizar el rol de los hombres en el desempeño del trabajo jornalero en las fincas y haciendas bananeras que se desarrolla con mayor fuerza en el cantón El Guabo de la provincia de El Oro. El trabajo que se lleva a cabo en territorio de finqueros y hacendados está marcado históricamente por la mano de obra de hombres jóvenes. Además, para nuestro estudio es importante evidenciar que también existen mujeres y transfemeninos inmersos dentro de la producción de banano.

En el trabajo que realizan desde tempranas horas de la mañana, tanto hombres como mujeres y transfemeninos ocupan el mismo espacio físico, en el caso del transportarse —por lo general son camiones que llevan material de trabajo y no existen asientos para los ocupantes— desde el punto de partida en la parroquia, hasta la finca o hacienda donde se desarrollará el día de embarque.⁶ No existen mejores asientos o lugares, la gente se acomoda encima de cartones, de cartulinas, de las balanzas para pesar la fruta, cualquier sitio es ideal para viajar hasta el lugar de trabajo, por lo general en camiones bananeros donde convergen todos los del personal, sin distinción de género en esta parte.

Luego del traslado de las personas encargadas para la realización del embarque, estas ocupan su puesto asignado y es aquí donde los trabajos empiezan a separarse por género de una manera evidente. Los hombres están asignados para los trabajos de fuerza como el cargar la fruta o a su vez llamado arrumador —los racimos de banano—, engancharla en un sistema de garruchas y trasladarla (por lo general 30 racimos) desde distancias largas hasta el lugar de procesamiento de las cajas de banano para la exportación. Realizar todo el proceso de pesado de la caja de banano, estibación del producto a los contenedores o camiones y embalaje del producto dentro de estos.

Mientras que para el caso de las mujeres y transfemeninos, el proceso es mucho más manual, de menor fuerza y requiere de más habilidad con las manos, este consiste principalmente en el

⁶ Término con el que se conoce a la jornada laboral en las plantaciones de banano.

lavado del banano, en la fumigación de la fruta, la correspondiente etiquetación del producto. Regularmente, estos trabajos son subvalorados por la propia gente del embarque, son vistos como un trabajo fácil, lo cual repercute en los valores que se manejan para los pagos del trabajo, en los que algunas haciendas pagan menos que al resto de la cuadrilla.

En este sentido, mientras los hombres ganan un valor por encima de los 22 dólares,⁷ las mujeres y los transfemeninos ganan un poco menos que la media, recordemos que no en todos los casos se da, pero es una tendencia importante de resaltar. Esto sin contar que por lo general siempre el capataz o encargado de llevar el personal es siempre masculino y maneja otros valores por encima del que gana cualquier otro trabajador o trabajadora, más el poder simbólico que le representa ser el encargado directo del dueño de la finca o hacienda. Por consiguiente, los roles de género se marcan aún más en el trabajo rural bananero y se acentúan de manera evidente en los pagos por los roles que se asigna/atribuyen dentro del trabajo, reconociendo un grado de inferioridad y feminización a las transfemeninas.



Figura 3.2. Trans en el trabajo bananero.

Fuente: Trabajo de campo, 2019.

En este sentido, lo masculino se encuentra por encima de lo femenino en las jornadas laborales del trabajo jornalero del banano y en la remuneración, se puede evidenciar una marcada superioridad en el binario construido socialmente, que se acentúa como un asunto histórico ya

⁷ El valor es referencial y varía entre 20 y 25 dólares americanos por día de trabajo dependiendo de los patronos (2019).

establecido en el imaginario de este grupo rural. De esta manera, la heteronormatividad se ha encargado de reproducir patrones “universales” y universalizantes en estos espacios, considerando que los hombres y las mujeres se encuentran ya predeterminados por su condición sexo-biológica y de género y que estas les permiten ocupar espacios desde su propia condición, considerando qué personas son más o menos aptas para cada labor. Así, “la destreza física, una postura específica, apariencia, moderación, ejercicio del control, servicio y dedicación a una causa superior, valor moral y agresión” (Ramírez y García 2002, 7) son rasgos que se evidencian de manera fuerte en las bananeras de la provincia.

Es entonces que desde esa construcción que se ha creado para hombres algunos imaginarios sobre su dimensión y alcance. “La configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, (...) lo que garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell 2003, 117). Bajo esta premisa percibimos que el tipo de masculinidad que se refiere a la práctica en sí dentro de las haciendas y fincas bananeras está dada desde la teoría y que encaja perfectamente en lo que Connell (2003) denominaría como hegemónica y dominante, en la cual existe una supremacía y un desbalance natural. A lo anterior se suma que estos hombres deben tener la caracterización de ser heterosexuales, porque la condición de transfemeninos pesa más que la condición de hombres biológicos para quienes que trabajan en las tareas del banano, de hecho, han sido relegados a actividades feminizadas dentro del trabajo.

Capítulo 4

Masculinidades y relaciones homoeróticas

En el presente capítulo retrato de forma detallada el proceso social de construcción de ser hombre, así como su connotación histórica y social dentro de la parroquia La Iberia. Se trata de un recorrido por lo que se vive desde los espacios físicos de la ruralidad, analizando cómo ciertas prácticas concretas marcan las dinámicas de ser hombre y cómo se articula con la vida sexual. Las entrevistas con los actores jóvenes de esta investigación constituyen el principal material para construir el análisis.

Las relaciones homoeróticas presentes en la parroquia rural de La Iberia remontarse incluso a antes de la creación de la misma hace aproximadamente más de 30 años, ya que dentro del cantón El Guabo, esta fue una de las últimas en crearse y podría decirse que es relativamente nueva. Para usos exclusivos de la presente investigación, hemos hilado una narrativa que reconstruye la historia a partir de una línea de tiempo que gana espacio desde la oralidad de sus habitantes y quienes han participado de esta investigación. De este modo resulta importante poder transmitir sus voces y contar, de la manera más cercana, los hechos, los discursos y las prácticas que se han desarrollado de forma temprana en este sector.

Así, retrato una parte de la historia de esta parroquia rural, reconstruida a través de la narrativa de quienes habitan sus calles, parques, áreas deportivas, bananeras y la peluquería. A través de una mirada etnográfica, me acerco a las vivencias cotidianas y el accionar de los sujetos para comprender los retos que implica ser hombre en un mundo regido por el banano como principal fuente, mismo que condiciona a estas clases populares a vivir la mayoría de las veces en precariedad y ausencia de servicios, renunciando a derechos.

4.1. Tierra de cacheros desde su nacimiento

Algunos cacheros han crecido
y aprendido conmigo.

—ZEA, joven local, entrevistado por el autor, 6 de abril 2019.

Los primeros asentamientos fueron producto de invasiones y así se lee incluso en una breve reseña histórica escrita para el informe del PDOT de la parroquia La Iberia (2010) y que es el único documento oficial que respalda la historia de este lugar; esta fuente sirve, a su vez, como referente para comparar la narrativa de los actores. Es importante resaltar que más que observar la historia de la construcción de la parroquia, mi interés se centra en las relaciones homoeróticas que allí ocurren de manera cotidiana, incluso desde los inicios de la parroquia.

Según los testimonios de las personas que han vivido en la parroquia, existen dos aspectos comunes que se han mantenido durante el paso del tiempo. El primero son las relaciones laborales que giran, por lo general, en torno al banano, pues la empleabilidad y demanda de mano de obra lo colocan como la principal actividad económica; el monocultivo de esta fruta ha sido el principal proveedor de trabajo durante años, lo cual, visto desde una perspectiva general, reforzaría el argumento de que es la principal actividad. El segundo son las relaciones sexuales homoeróticas que se hicieron más y más frecuentes con el paso del tiempo. Por eso, resulta importante mirar las conexiones entre ambos elementos y cómo estos se articulan para crear una línea histórica, cómo convergen desde la creación de la parroquia.

Así lo confirma una de las personas entrevistadas al asegurar lo siguiente:

Posiblemente seamos la tierra del cachero, porque así se lo conoce y porque así se regó la bomba a otras partes. Eso sí, nunca ha sido algo de lo que los hombres de aquí se sientan orgullosos y lo digan a todo el mundo, pero de arrepentirse de ser cacheros tampoco. La gente como que todo esto lo sabe, pero es algo que nadie va por ahí diciéndole a sus vecinos y eso que es pueblo chico esta Iberia (ZEA, joven local, entrevistado por el autor, 6 de abril 2019).

El cachero es una figura presente en la realidad de los hombres de esta parroquia. Ha convivido por años en armonía con un silencio que se refuerza desde los grupos de amistades de hombres pues, bajo sus propios códigos y normas, son asuntos que solo se cuentan en el interior del grupo o entre hombres de la misma zona. Ha pasado en ocasiones de generación

en generación sin que sea entregado de manera formal este mandado a parientes cercanos o distantes, en cualquiera de los dos casos son los hombres quienes manejan la información sobre quienes practican y quienes han dejado de ser cacheros, tomando en cuenta que la edad cumple un papel fundamental a la hora de hablar de cacheros activos.

El término hace referencia a hombres que tienen relaciones –sentimentales o sexuales– con otros hombres (gais) o transfemeninos, muchas veces a cambio de dinero, ropa, regalos, comida, bebidas alcohólicas u otras solamente por placer; son transacciones que se dan y viven diariamente, podría decirse que ha servido incluso para que mejoren su economía, ya que ingresa un dinero o beneficio extra al que ganan por el jornal de trabajo, fuente principal de remuneración. En este sentido, ser cachero representa en sí una posibilidad económica para acceder a otro tipo de beneficios.

Por otro lado, los gais y trans, generalmente de 25 años en adelante, que frecuentan la parroquia o que son de la zona, buscan hombres jóvenes para compañía o relaciones de pareja. Además, también en este escenario, se dan muchas relaciones sexuales por canje o dinero. Es importante entender que estas dinámicas están socialmente aceptadas por los jóvenes del lugar y que por lo regular los primeros encuentros están siempre acompañados por el consumo de bebidas alcohólicas, en espacios cerrados, donde acuden en grupos de amigos y podría decirse que esto es parte del cortejo y de los códigos que manejan para poder llegar a acuerdos.

De esta manera, las relaciones de cacheros con quienes llegan a ser sus parejas, o con quienes mantienen un vínculo, ocurre generalmente por contacto directo en alguna peluquería de alguna transfemenina o en algún bar de referencia como punto de encuentro para ambos. Esto significa que existe un conocimiento previo de dónde poder localizar cacheros, gais o trans, debido a que la parroquia es sumamente conocida por personas de la comunidad de Gais, Lesbianas, Bisexuales, Transgéneros e Intersexuales (LGBTI).

Para la investigación, resulta relevante que la comunidad de gais y transfemeninos que visitan el sector en busca de hombres son generalmente poblaciones que vienen desde otras ciudades de la provincia. También hay algunas trans que migraron hacia Europa a realizar trabajo sexual, y regresan a la parroquia en busca de jóvenes, cuentan con conexiones de amistades y buscan prospectos de hombres que encajen con las particularidades o necesidades que demandan para una relación de pareja.

Generalmente, existe la creencia desde este sector que podrían encontrar un hombre para pareja estable, que les brinde toda la seguridad que requiere un tipo de consolidación para invertir a futuro. Desde luego, muchas historias han fracasado y otras cuantas se han mantenido más por el ingreso monetario y los giros que reciben desde Europa que por la relación que se esperaba del cachero.

La particularidad del cachero, o por lo que es más buscado, se encuentra retratado en el siguiente testimonio:

Nosotros somos machitos, nos gustan las mujeres o lo que se le parezca, porque de entrada sabemos a lo que vamos, el asunto es de una conmigo. Si yo le gusto, entonces de una le digo: dame lo que quiero y yo te doy lo que tú quieres. Yo no me hago problema de salir con las chicas, el problema es cuando se enamoran, a veces se ponen insistentes en que uno esté ahí pegado y que vaya a dormir; está lámpara eso porque veces mandan a buscarlo a uno a la casa y eso es complicado porque en caleta, no saben que uno se dedica a eso (ESHA, joven local, entrevistado por el autor, 14 de marzo 2019).

Este relato nos remite a un tipo de heterosexualidad flexible, que “transgrede” de manera natural, si cabe el término, a otros géneros y que consiente prácticas homoeróticas sin problema alguno, siempre y cuando se den las condiciones materiales y se mantengan los beneficios a los que ambos están dispuestos dentro de las negociaciones de placer por servicios. Además, para estos hombres se simplifica el ir y volver de un cuerpo de mujer a uno transfemenino, como lo menciona, en “lo que se le parezca”, lo que podría traducirse en que los cuerpos penetrados tienen una connotación femenina, porque dentro de sus relatos coinciden en que son femeninos y, por tanto, los cuerpos que penetran son de mujeres.

Cobra sentido la feminización del cuerpo trans, mirado desde una lógica binaria, que les permite a estos jóvenes consentir prácticas sexuales y considerarse heterosexuales, aun a sabiendas de que son transexuales o transgéneros quienes los frecuentan. Resulta entonces revelador que la convivencia cotidiana haya posibilitado estos encuentros, que mucho tienen que ver con dar espacio a las múltiples formas de disfrutar la sexualidad y el género.

La comunidad LGBTI frecuenta desde varios años el lugar, pareciera que los rumores son verdades en la práctica y que desde ella se desprende gran parte de la historia de la parroquia.

Por allá en los años ochenta se presentan varios acontecimientos tempranos que marcan la vida e historia de los hombres en este sector:

Uno de mis primeros maridos, lo tuve súper jovencita, en ese tiempo yo le daba dinero para que compre cosas en su casa, él era casado, pero cuando podía, enseguida venía por mí a verme. Mostraba interés y eso siempre me ha gustado, los hombres también deben ganarse lo que uno les regala. Yo siempre he sido bondadosa, les he apoyado y todo, así como se apoya cualquier pareja de hombre y mujer, [...] lo único que él no hacía conmigo era dormir aquí, porque del resto todo como cualquier pareja (KAY, joven local, entrevistado por el autor, 7 de mayo 2019).

A partir de la fama que toma el lugar, se posiciona en el mapa de la provincia como un punto de referencia donde encontrar hombres heterosexuales y que además puedan mantener relaciones sexuales con gais y trans femeninos –categoría que data de la década de los noventa–; en palabras de las y los actores de la investigación: “en busca de cacheros”, terminología nueva. Según nuestras informantes, esto se ha venido dando desde inicios de los años noventa con mucha presencia de jóvenes en el alcohol y los prostíbulos como punto de encuentro y donde regularmente se encuentra a hombres para “la joda”, indicio de que el lugar está colmado de cacheros que buscan personas a quienes “sacar la chupa”, o sea, que buscan simplemente beber a costas de quienes van en busca de ellos.

Un asunto muy particular que vale la pena destacar es que siempre estos cacheros se renuevan con el paso del tiempo, debido a que, como sector rural con altos índices de embarazo en adolescente, estos tienden a tener mayor responsabilidad a partir de sus hijos. Los jóvenes dejan entonces de mantener contacto y se distancian de las relaciones sexuales homoeróticas mientras empiezan una etapa de vida como padres y jefes de hogar.

En la década de los noventa, los hombres de esta parroquia eran buscados generalmente por personas de la capital de provincia, la ciudad de Machala. Según comentan, quienes visitaban los lugares lo hacían conociendo que podrían encontrar una pareja sexual y afectiva en este sitio; el lugar se tornó conocido y hasta el día de hoy se puede apreciar las visitas, generalmente los fines de semana en los centros de diversión. Las “bondades” que se encontraba en el cachero de esta parroquia devinieron en atractivo turístico de una comunidad a la que asistían hombres en busca de parejas sexuales o sentimentales, pues su rol de

compañía de los cacheros en un bar, una discoteca, o mayormente en la cama, le habían generado altas expectativas para quienes visitaban el lugar.

Precisamente, en estos años en que se acentuaron las visitas ocurre un punto de quiebre: ya los hombres no solo buscaban a alguien que les pagara las bebidas alcohólicas o los alimentos que consumían, sino que empezaron a buscar réditos económicos y materiales, personas con buena economía que pudieran mantener los gastos que les dejaban los fines de semana, recordando que la economía del jornal bananero no daba para poder realizar gastos excesivos. Se puede decir que el proceso de búsqueda de parejas gais se basó exclusivamente en lo que estos podían costear como “auspiciantes”, para que los hombres del lugar puedan materializar sueños de emprendimientos medianamente estables o por el tiempo que pudieran ser mantenidos por sus parejas.

Siguiendo la línea que conduce este trabajo, a finales de la década de 1990 y comienzo de los años 2000, el país sufrió la pérdida de su moneda y atravesó una profunda crisis económica. Para este tiempo, varias personas decidieron abandonar sus lugares de trabajo y migrar hacia otros países, especialmente del continente europeo. Todo esto permitió que la comunidad conformada por gais y trans femeninos decidiera también abandonar el Ecuador en busca de otros destinos; Holanda fue el lugar elegido por varias de las trans, específicamente por el trabajo sexual como una forma de supervivencia y, a su vez, para poder enviar remesas a sus familiares y muchas de ellas también a sus parejas, a quienes aún, a pesar de la distancia, mantenían como contacto importante.

Ellas llamaban frecuentemente a sus maridos a teléfonos convencionales, haciéndose pasar como amistades porque en casa de los cacheros nadie sabía a lo que se dedicaban. Les llamaban a veces solo para saludarle y decirle que les habían hecho un giro de dinero para que retire. Aquí el cachero se gastaba la plata en mujeres y las tontas allá trabajando para mandarle dinero al hombre (KAY, joven local, entrevistado por el autor, 7 de mayo 2019).

Con la llegada de la tecnología, se evidenciaron varios cambios en las relaciones de pareja que varias transfemeninas tenían con hombres de este sector rural. Ellos contaban con teléfonos celulares que les enviaban de allá o que compraban con el dinero de las remesas y estos a su vez permitían hacer mucho más fáciles las comunicaciones vía mensajes de texto en sus inicios. Además de esto, periódicamente las parejas venían del exterior y varias a su paso

renovaban también sus relaciones sentimentales con hombres del lugar, cambiaban por lo general a sus parejas por uno más joven.

Algo que es indispensable conocer sobre este fenómeno es que el tiempo que puedes mantenerte como pareja de un gay o trans es relativamente corto, regularmente estos buscan a jóvenes de entre 18 y 24 años. Esto significa que el tiempo estimado para mantenerse como cachero y mantener réditos económicos bordea los 10 años máximo.

Hace tiempo tuve un maricón que me mantenía, el *man* vivía en España, pero trabajaba en varios países, se movía de un lugar a otro. Me mandaba dinero mensualmente, para mis gastos personales, yo me compré de todo, porque me mandaba buen dinero, cuando venía me traía una maleta llena de cosas, pero el tiempo que se quedaba yo debía quedarme con él, hacíamos unas borracheras a lo grande en su casa, venían mis amigos, las amigas de ella, eran meses de solo andar jodiendo. Incluso yo le presenté a mi mamá para que la conociera, [...] el *man* andaba tragadote⁸ de mí y me daba lo que yo le pedía, yo aproveché por eso comprando mis cosas, porque al final sabía que se iba a acabar [...] el año siguiente que volvió me despachó porque yo ya me había descuidado de mi figura (AVO, joven local, entrevistado por el autor, 15 de mayo 2019).

El periodo de vida dentro de las relaciones homoeróticas está ligado históricamente con la edad. Es importante revisar esto en las entrevistas y contrastarlo con las historias que se cuentan sobre el pasado sexual de las dos personas trans que participaron de la investigación; en estas se puede observar que las relaciones y vida sexual de los adolescentes empieza a temprana edad y regularmente se estrenan en una relación homoerótica: “he tenido maridos que se inician conmigo y se quedan como pareja, por aquí pasan desde los 12 o 13 años, aquí en el campo la vida sexual empieza pronto, les da curiosidad de experimentar y les termina gustando, yo a la cuenta he criado a muchos de estos muchachitos” (ZEA, joven local, entrevistado por el autor, 6 de abril 2019).

Por otra parte, estas líneas conducen a identificar de otras maneras la vida de los adolescentes en el sector rural y repensar las formas de relaciones afectivas y sexuales. También, permiten identificar los discursos en que se han construido con base en las jergas y los tratos que se dan en estas interacciones que muestran códigos interiorizados en esta comunidad.

⁸ Jerga que significa que alguien está muy enamorado de la otra persona.

Sobre la historia de este lugar queda mucho por contar, por retratar, aquí se ha realizado un esfuerzo importante por desarrollar una pequeña línea histórica que nos conduzca por los caminos transitados por quienes alguna vez fueron adolescentes. Es evidente que siempre quedarán cosas fuera, que no podemos abarcar todo, pero estos insumos, de cierta manera nos han aclarado el panorama por el que los hombres de esta comunidad han pasado, las situaciones que los “cacheros”, como los llaman, han vivido.

4.2. Herencia del cacheroío

Aquí por lo menos hay cuatro generaciones de hombres,
casi todos se han dedicado a ser cachero
y no hay más porque antes no existía el pueblo.
—KAY, joven local, entrevistado por el autor, 7 de mayo 2019.

En la entrevista que mantuve con KAY, le hice una consulta sobre las relaciones de pareja y, de acuerdo con su argumento, la consolidación del cachero está en las formas de convivir con estos espacios que se dan en las zonas rurales: los bares, las peluquerías, los billares, los chongos, las pláticas siempre relacionadas con la vida sexual y tratadas como si fuesen un asunto público, de cierto modo, puertas adentro de su grupo íntimo de amigos. Así se relacionan o se van tejiendo las historias, en complicidad con sus pares, reconociendo que existen semejanzas y que su forma de socializar está ligada a este vínculo con su grupo que refuerza tanto la masculinidad como la homosocialidad que viven.

La seguridad que le da el *haberse comido tanto hombres como quiso* le otorga veracidad a su discurso, contado infinidad de veces y traído una y otra vez en las anécdotas de noches de alcohol con sus amantes o nuevos maridos. Se puede evidenciar en la naturalidad del discurso, además en un recorrido por las formas de vivir el sexo como un asunto que no siempre está cargado de categorías, más bien es el disfrute del cuerpo el que dicta lo que se puede y no se puede hacer en una relación.

Para hacer un recuento de la herencia y el legado que ha dejado el *ser cachero* en este sitio, principalmente hay que indagar en las hazañas que tíos, primos o padres han mantenido con gais y trans. Existe un orgullo presente en las historias que se cuentan, este recurso oral y el

mismo ejercicio de la memoria vuelve a ser contado por otras generaciones en forma de logros, como conquistas presentes en el imaginario masculino que prueba frente a los otros sus conquistas y que están presentes dentro de nuevas hazañas:

El papá de un pana tiene como más de 60 años y cuando era pelao ya andaba con mecos. Aquí por lo menos un tío o un primo de esos viejos que uno tiene, ya ha sido cachero; de cualquier forma, es otro billete que uno se gana ahí con los manes o a veces ya uno lo hace por deporte o amor a la camiseta, como le decimos, dicen que eso ya se lleva en la sangre, así como los manabas comen burras, nosotros le hacemos a los mecos desde peladitos (FED, joven local, entrevistado por el autor, 10 de abril 2019).

Relatos entre amigos del grupo ponen en manifiesto el particular fenómeno en este sitio. Las historias que se cuentan, y cómo cada uno ha experimentado sus relaciones, dictan un poco el camino que estos han vivido en su trayectoria como cacheros. Los jóvenes a quienes me acerqué para esta investigación fueron de entre 17 y 30 años aproximadamente, varios de ellos en las veces que estuve presente manifestaban de manera abierta sus relaciones de pareja o las relaciones sexuales como algo muy cotidiano del lugar.

Déjalo que cuente otra vez, creo que no hay un solo día en el que no hablen de mecos. Aquí por lo menos 9 de cada 10 hombres son cacheros, todos saben eso, hasta sus familias lo saben, que se hagan los cojudos es otra cosa, pero aquí ya todo mundo sabe que andan de cacheros (JAO, joven local, entrevistado por el autor, 19 de marzo 2019).

Las experiencias iniciales de las relaciones sexuales guardan estrecha relación con la vida de los adolescentes, pues estos en el transcurso de su existencia han tenido personas cercanas que se han visto retratadas por las historias contadas por otro grupo de pares, particularmente de quienes han vivido toda su vida en este sitio. Es entonces que las relaciones homoeróticas tienen un lugar central en la vida de los jóvenes de esta parroquia, sus pares adolescentes han alimentado la historia a través de la narración, una y otra vez, de las hazañas de sus propios familiares. Desde el primer encuentro con gais o transfemeninos en el corte de cabello, estos han naturalizado las relaciones y han convivido de manera cercana con esta realidad que pareciera no incomodarles en lo absoluto, más bien podría verse como más y más cotidiano día con día.

Se podría decir entonces que, a través de estas narraciones, los adolescentes crean una especie de sentido de pertenencia al lugar en la idea del *ser cachero*. Habitan lugares que antes ya han sido parte de las experiencias de alguno de sus familiares, de esta manera se insertan mediante grupos de amigos y acceden a lugares como el billar o la peluquería en grupo siempre, entendiendo quizá que penetrar los cuerpos crea cierta forma de ser masculino en contraposición o alejados quizá un poco de lo femenino, que en palabras de Kimmel (1997, 52) sería como una huida.

El hombre con rasgos hegemónicos va creando sus propias condiciones en su entorno: alejarse de la familia y crear de cierta manera una independencia con su grupo de amigos frente a los otros, crea un imaginario de ser mayormente masculino y establece una negación sobre lo femenino, pues esto consideraría como manejable y estaría dentro del ser superior. Vista de otra manera, este tipo de masculinidad, creada a partir de patrones culturales y reforzada por medio de la historia del lugar, posee cierta flexibilidad frente a aquella masculinidad homofóbica de la que ya no hace parte en este territorio.

Sin embargo, es importante resaltar que, en este sitio, el ser hombre tiene mucho que ver con la cantidad de mujeres y parejas sexuales que se haya tenido. Al tener una vida sexualmente activa desde edades muy tempranas, las formas de competencia que se crean están ligadas a la forma en que estos son catalogados por sus parejas de relaciones homoeróticas. Así precisamente, se mide la manera en que se ha adquirido conocimientos sobre el sexo:

Es importante en la vida de un cachero si sabes “tirar bien”, porque si alguien te hace mala fama, nadie te va a venir a buscar, además tienes que saber otras cosas, para amarrar a alguien debiste de pelao aprender a hacerlo bien, si no sirves para eso, nunca vas a sacar ningún beneficio (MAR, joven local, entrevistado por el autor, 3 de abril 2019).

Por encima de la experiencia sexual que se pueda tener, siempre está presente la economía y el ser cachero posiblemente ha posibilitado otras formas de independencia y de seguridad en la masculinidad de estos jóvenes. Saber ejercer un “oficio histórico”, que viene arrastrándose desde las primeras familias, crea una competitividad en estos, les obliga a sentirse más y más relacionados con este mundo que muchas veces existe entre cuatro paredes –haciendo referencia a la peluquería–, y les da un poder simbólico que usan en el control y ventaja que sacan a sus “parejas”, como se expresa en el siguiente testimonio:

A mí me mandaban dinero quincenal, me mandaban ropa de marca, computadoras, celulares, estuve a cargo de unas tierras de banano, tuve un carro que me dio para mi comodidad y que me pueda movilizar a donde yo quiera, yo igual ese dinero iba ahorrando, gastos casi no tenía, me mantuvo así, como dos años. Y la verdad que yo sí que lo sangré⁹ al meco (LUN, joven local, entrevistado por el autor, 11 de mayo 2019).

En la cotidianidad de los jóvenes se observa todo un proceso vivido por las generaciones anteriores y que ha dotado de herramientas a las nuevas, quizá en los casos más emblemáticos y en que estos han tenido fortuna se han podido mantener en actividad después de los 25 años, recordando que los años importan muchísimo para esta actividad. El proceso de retiro de las parejas es importante y este se da a partir del cumplimiento de un ciclo que coincide, en muchas ocasiones, con la construcción de familia e hijos por parte del cachero.

La fase de retiro o de “colgar los guantes”, como lo mencionan los entrevistados, se relaciona con un proceso simbólico de graduación y culminación de una etapa de vida, que generalmente da paso a las siguientes generaciones de adolescentes. Las historias se siguen contando entre grupos de jóvenes, a veces se mezclan y quizá se aprende de las experiencias de anteriores cacheros cuando se encuentran dos generaciones en un solo espacio, el de la cancha, en donde hacen deporte, o el de la sala de peluquería, por citar dos casos. En las narraciones orales, que comúnmente se vuelven a contar una y otra vez como si fuesen trofeos, queda siempre ese orgullo de haber pertenecido a una camada de “cacheros más vivos”, que hicieron de todo y cuanto pudieron, sin que existan registros fotográficos como en épocas actuales.

Los procesos conscientes de aprendizaje, de experiencias, de anécdotas ha creado un estilo de vida que dista mucho de los días de jornal en las bananeras, que no tiene nada que ver con la economía local y que se ha disparado por la globalización en tiempos modernos. Estos adolescentes y jóvenes han logrado fusionar la historia de los hombres de este lugar con los procesos el día a día de la tecnología y la globalización y han generado mejores formas de vida desde la utilización de estos recursos. Cabe recalcar que son pocos quienes acceden a tener hoy en día una pareja en el exterior que les brinde todas las comodidades que aquí se

⁹ Término muy usado por cacheros y que hace referencia a sacar provecho de manera drástica.

han presentado, pero quienes lo logran en mayor o menor escala, son jóvenes de la última generación y con edades que cuando mucho alcanza los 23 años de edad.

Por último y para cerrar esta parte, es evidente darse cuenta de cómo han funcionado los procesos tecnológicos y de globalización, comunidades pequeñas como esta se han beneficiado de estos desarrollos y los jóvenes han sacado ventaja para mejorar su economía. En este caso, nuestro informante hace énfasis en logros conseguidos por el ejercicio de ser cachero, quizá no dimensiona bien el sexo o la compañía como moneda de cambio y él solo dimensiona el hecho sacar ventaja frente a su potencial pareja de turno. Se comprende cómo, a pesar de sus múltiples relaciones, se tiene en cuenta la historia como un ritual de aprovechamiento quizá y no denote un carácter sentimental, pues dentro del ser hombre la construcción del amor no es algo intrínseco.

Las principales preocupaciones que los adolescentes tienen cuando empiezan de cachero es que la familia se entere. Según sus propias experiencias estos dejan los nervios desde muy pequeños pues el rodaje que tienen hasta cumplir la mayoría de edad es bastante, además que a partir de los 16 años los padres dejan de controlarlos, el alcohol se convierte en uno de los principales vicios y después de su trabajo este es el conductor hacia la vida adulta. Cabe mencionar que uno de los principales motivos por los que los adolescentes dejan la vida de cacheros es por su edad, en el mundo gay y trans las edades de menos de 18 son las más apetecibles, pues se encuentran en el rango de las iniciaciones sexuales y relacionadas con la virilidad por lo que esto bien se podría resumir en el siguiente fragmento:

Entrevistador: Hacías referencia a que también se retiran de cachero, ¿Cómo es este proceso?

EME: Cuando uno llega peladito, todos se lo quieren comer a uno porque es carne fresca para “las maricas”, te tiran dinero y cual más te ofrece cosas; zapatos, ropa, billete con tal de que estés con ellas. A mí me fue bien, yo le saqué a la “man” hasta una licencia profesional de chofer cuando estuvimos juntos, porque yo fui pareja de ella por unos tres años más o menos.

Entrevistador: Pero ¿cómo es la retirada?

EME: Cuando uno llega a cierta edad, las “manes” mismo quieren que te abras, porque lo que ellas buscan es carne fresca, “bótox” como dicen ellas, después de que ya te sacaron el jugo, te tienes que abrir porque hay otros cuerpos “más buenos” que el de uno, entonces te retiras de eso porque además ya te haces de mujer y tienes otras responsabilidades, es muy diferente cuando ya tienes hijos de por medio, pero mientras uno es “pelao” sí la goza fuerte hasta que te toca colgar los guantes, al menos yo aproveché en algo (EME, joven local, entrevistado por el autor, 7 de septiembre 2018).

Las relaciones homoeróticas en esta parte rural también tienen su fecha de caducidad. Las mercancías que antes se negociaban como hemos mencionado, en alguna parte de la edad del cachero se van perdiendo y no vuelven a ser ofrecidas, como el interés de las parejas ocasionales o permanentes por parte de los gais y transfemeninas. Existe entonces un retiro simbólico y es donde se invierten los roles y son los gais y las trans quienes demandan con quien sí y con quien no, el cuerpo es tratado como mercancía, perdiendo su valor y encanto ante estos ojos. Lo que resulta transgresor es el poder que tienen las trans para realizar esa transición, porque al final son ellas quienes deciden sobre los otros cuerpos y sobre las relaciones sexuales.

Ante estas decisiones los jóvenes que han transitado su vida como cacheros, regresan como adultos con familia a sus labores diarias y al lugar del cual huían en la bananera. Parecieran procesos, tal como nuestros informantes nos cuentan, que se dan en un abrir y cerrar de ojos. En esta parte sobresale el ejercicio de poder en las relaciones homoeróticas, que son de ida y vuelta, no tienen un dominador propio. Mientras de un lado aún queda dinero, del otro queda este retiro obligado, que en palabras de uno de mis entrevistados se puede leer de esta manera: “uno “ya cuelga los guantes” y vuelve al embarque, es complicado porque si no hiciste algo de plata te toca de sopetón volver a la fuerza, algunos de mis amigos trabajan como choferes o siendo capataz, el asunto es que ya después de tus 30 años ya no estás como a los 15 para cargar guineo” (CHA, joven local, entrevistado por el autor, 8 de marzo 2019).

Contar las vivencias y reconocer desde los años que han pasado en la vida de cachero es también aceptar que cumples con un ciclo, que como todo en la vida esto también se va, se esfuma, vuela con los años. De allí en lo adelante ya eres tú y tu trabajo de jornal de lunes a viernes y con suerte, con una familia a costas y sin las condiciones laborales que te permitan pensar en un retiro. La vida después de los 30 en el campo sigue siendo la misma que a los 18, pero sin las mismas energías; seguirás laborando y prestando tus servicios y aquí no existe el “colgar los guantes”, siempre deberás trabajar para comer.

Al realizar una mirada en retrospectiva de la vida sexual de adolescentes y jóvenes, quizá lo primordial y que debemos rescatar es que los encuentros homoeróticos son tan naturales y poco condenados en esta parroquia, que según pude conocer, muchas de las familias incluso tienen conocimiento. Se han presentado casos en los que con familia y trabajo muchos

hombres siguen frecuentando la peluquería, un espacio amigable y que ha acogido a varias generaciones, espacio que bien podría ser el referente principal de estos encuentros.

4.3. Clase, género y sexualidad



Figura 4.1. Trabajo manual de mujeres y trans en el banano.

Fuente: Trabajo de campo, 2019.

Existe un letrero que dice “Prohibido hablar de embarque”,
describe mucho de lo que uno se quiere olvidar,
la pobreza y el alcohol casi nunca se llevan.
—GOL, joven local, en entrevista con el autor, 25 de abril 2019.

En el contexto de la peluquería, la parroquia La Iberia se distancia de otras cercanas, pues las historias que se cruzan y comentan entre jóvenes parecieran tener un tiempo repitiéndose. Por ello, dentro de la peluquería,¹⁰ se pueden evidenciar varios aspectos particulares que determinaron el rumbo a seguir dentro de la investigación. En este apartado, se realiza un recorrido para detallar de qué manera se entrelaza el trabajo jornalero dentro de la producción bananera, las formas de masculinidad que conviven, cómo estos jóvenes viven la sexualidad y

¹⁰ En la presente investigación usaremos este término como el espacio físico donde adolescentes y jóvenes realizan encuentros amistosos, sexuales y de intercambio de mercadería.

como la economía juega un rol determinante con las diversas prácticas homoeróticas que se realizan en este territorio.

Fuera del espacio de la peluquería existen otros sitios como la cancha de indor y de vóley, el billar, el chongo,¹¹ el parque o el barrio también considerados lugares de socialización de la vida sexual de los jóvenes. Sin embargo, estos sitios no son tan importantes como la peluquería donde se tejen las vidas y se dan los acompañamientos, se cuentan también de manera libre las experiencias homoeróticas y donde el cachero fortalece su nombre y exterioriza como parte de su proceso de masculinidad sus actividades sexuales, separadas de su vida heterosexual como si de otra persona se tratase. En reiteradas ocasiones, para los hombres jóvenes, la masculinidad y el trabajo bananero se cruzan estrechamente con aspectos como la fuerza, la virilidad y la vida sexual –heterosexual y homoerótica–. En la investigación nos centramos en el caso puntual de las relaciones sexuales homoeróticas que consideramos un aspecto fundamental de la vida cotidiana de los sujetos que participaron en el estudio.

4.4. Cuestiones de raza y clase

Se puede ser pobre y feo,
pero cachero y descuidado no puede ser.
—VA, joven local, en entrevista con el autor, 31 de marzo 2019.

En este apartado se argumenta cómo la belleza juega un papel fundamental en el cruce con la clase y la raza en los cuerpos de hombres jóvenes. Estos deben adecuarse a la moda a través de la ropa, y estar cuidando de su estética por medio de los cortes de cabello para sumar un atractivo adicional al tema de la edad y ser vistos como sexualmente activos. Esto concuerda con lo que desde el capital erótico nos plantea Hakim (2012, 77) haciendo referencia al mundo gay y que se expresa bien para la categoría del cachero, aquel:

(...) énfasis en la imagen y en el atractivo sexual entre los hombres gay: por la constante rotación de parejas, la búsqueda constante de nuevas parejas o ligues, y la mirada y la valoración constantes. Los puntos de encuentro de los gais, en bares, saunas u otros escenarios, son un ‘concurso de belleza’ sexual permanente, en que la pasarela pasa a formar parte de la propia vida.

¹¹ Nombre coloquial para referirse a los centros de trabajo sexual.

De esta manera, podemos percatarnos que la belleza y la estética son determinantes al momento de poder conseguir pareja, que al final existen múltiples conexiones de estas con la clase, se crean imaginarios para demostrar de cualquier modo un “estatus social” acorde a lo que implican las negociaciones respecto del sexo. Distanciarse del “cholo”, del “montubio” es de cierto modo realizar un mestizaje que combina el encanto de sus apariencias juveniles y autóctonas y adaptaciones interculturales, productos de su roce con el mundo al que desean proyectarse.

Con respecto a la clase, podemos entender un poco más las características de los sujetos si nos fijamos en detalles como la vestimenta, el corte de cabello, los accesorios y marcas de los productos que utilizan, pues resulta importante para ellos que, a pesar de ser la mayoría de los jóvenes trabajadores de banano en el jornal, el cuidado personal de su apariencia física y estética diste de cualquier otro grupo de jóvenes de hacienda bananera. Aparentan la pertenencia a otra clase social a través del “look” o de alguna estética determinada, que resulta indispensable en la vida de los jóvenes de este sector para armonizar con el consumo de productos y marcas.

A veces la pinta lo es todo, tener cosas que se vean bien tiene que ver con lo que quieres mostrar, es bueno cargar su ropita de marca, eso llama la atención, además se dan cuenta que te gusta andar bien cuidado y arregladito. Esto sirve para joder, tanto para hombres como para mujeres (referencia sobre gais y trans), depende del espacio en el que estés, pero siempre la pinta de vestir te hace ganar puntos. A mi dónde quiera que vaya, me tratan bien, uno siempre anda perfumadito y con su ropita elegante “todo bien”, como quien dice este no es cualquier cachero –se ríe mientras lo dice–, aquí toca invertir (ROH, joven local, en entrevista con el autor, 2 de mayo 2019).

Al prestar atención a estos aspectos se encuentra una conexión directa con el tema de la raza y la clase, pues el vestir bien reflejaría que los jóvenes no se sientan asociados con personas de características montubias o cholos, pues sus prendas marcarían un vínculo directo con otro estrato social. Esto está fuertemente asociado a la moda pues algunos de estos jóvenes tienen definidos ciertos criterios en la elección de sus parejas, sean estas gay o trans, ya que buscan por lo general alguien de clase media y que pueda cubrir algunos privilegios como ropa, comida, bebidas alcohólicas –cervezas por jabas¹² para ellos y sus amigos–, además de dinero.

¹² Para esta investigación haremos referencia a la cerveza Pilsener y que contiene 12 unidades.

Entonces mostrarse como “clase media” es un recurso en el que se invierte para acceder a hombres de clase media—. Precisamente aquí es donde se marca la diferencia del cachero,¹³ quien a más tener relaciones sexuales intercambia sus servicios por productos, no pone precio a la compañía que ofrece, pero saca siempre réditos en una lógica diferente al trabajo sexual más común pues de lo que se trata es de mantener una dinámica de pareja –puede ser gay o transfemenino– aunque esta sea semioculta. Esto se refleja en lo que los informantes cuentan de los hombres del lugar:

Por lo general, los cacheros vienen aquí, se toman sus tragos, preparamos comida o mandamos a comprar, cuando quieren y uno está de ánimo se tiene sexo. El sexo no siempre es pagado, algunos son exmaridos y se quieren ocupar con una porque les da ganas, de igual manera una les regala su cualquier cosita (haciendo referencia a cosas que van desde el corte de cabello, camisetas, perfumes, joyería o dinero en efectivo), cuando se portan bien, uno también se porta bien con ellos (ZEA, joven local, en entrevista con el autor, 6 de abril 2019).

Resulta relevante el interés que le brindan los jóvenes a su apariencia, pues es evidente que para ellos la raza y la clase juegan un papel importante. La estética crea imaginarios que generan una suerte de blanqueamiento frente al otro, a ese otro llamado cholo, al que habita también pero que se puede de ciertas formas apaciguar mediante la estética. De esta forma, los jóvenes van reafirmando que borrar su pertenencia de clase y étnico-racial es crucial al momento de establecer contacto con gais o trans. Esto se refleja también en el término que usan para nombrar al lugar de encuentro que es la peluquería y que ellos denominan “la oficina”.

4.5. Sexualidad y el espacio social de la “peluquería”¹⁴

Nos relajamos, nos sentimos cómodos,
nos sentimos en confianza para desahogarnos,
conversar penas, hacernos bromas,
tenemos más libertad.

—JHO, joven local, en entrevista con el autor, 22 de marzo 2019

¹³ Hacemos referencia a hombres que tienen relaciones sexuales con otros hombres y con transexuales femeninos, sea este por placer, algún bien material o económico o por medio de una relación afectiva/pareja, en la que el hombre realiza el acto penetrativo y por consiguiente se considera “activo” dentro de la relación.

¹⁴ Hablaremos de la peluquería como el espacio físico donde los adolescentes y jóvenes a más de visitarlo por su apariencia, se dan encuentros sexuales casuales.

En esta parte se realizó un análisis sobre el espacio físico de la peluquería y lo que esta representa en el desarrollo de la vida de adolescentes y jóvenes de dicha parroquia rural. Por ello, es clave el abordaje que se realizó dentro de la cotidianidad de este lugar, pues en este espacio se viven varias formas de convivencia de lo heterosexual, lo bisexual y lo trans. Este es un espacio que representa de manera directa la forma en la que los adolescentes encontraron una forma diferente de vivir y explorar la sexualidad.

Es importante tener en cuenta los primeros contactos de los adolescentes que hoy entrevistamos, el antecedente histórico de este sitio nos remite a que acuden por lo regular las primeras veces a sus cortes de cabello de niños acompañados por sus padres, tíos, amigos mayores o sus madres y, a simple vista, este es un lugar donde se realizan cortes de cabello y tratamientos para mujeres, la atención es continua y por la general no cierran durante el año, pues es además la vivienda de quienes atienden estos locales.

Quizá una de las formas más claras de transgresión y que llama sobremanera la atención en esta investigación es que por lo general siempre han sido los gais y trans quienes cruzan la línea para provocar encuentros de carácter afectivo o sexual. En este caso particular son los hombres, llámense adolescentes o jóvenes, quienes se apropian de un espacio y lo habitan como si de su casa se tratase. Todo esto nos intenta decir que este lugar pasa a considerarse un símbolo oculto de la historia de esta parroquia, en un mismo sitio convergen diversos actores y diversas formas de entenderse.

Mientras algunos ocupan el espacio como un lugar netamente de cuidado de la estética, otros lo conquistan como la sala de su casa y se permiten ser ellos, ser esos otros que por distintos contrastes y situaciones en sus casas no pueden, en su trabajo no se les permite y que ahí precisamente el espíritu parece invitar a ese goce y disfrute. El lugar se muestra amistoso, cuenta con una cocina, una nevera, se pueden preparar diversas actividades, siempre la eligen desde las necesidades que tengan los que circulan el espacio. Junto al lugar de cortar cabello tiene una sala, los jóvenes se disponen siempre para ver fútbol, para beber unas cervezas, para encontrar momentos y compartirlos.

El cuarto en ocasiones se encuentra habitado, dentro de esta construcción de espacio, los cuerpos que habitan logran romper con los patrones y estereotipos que la sociedad ha impuesto desde los comportamientos. Es importante resaltar que este lugar dista mucho de lo

que se vive fuera de él, pues las normas y comportamientos que socialmente se han aceptado no tienen o cuentan con validez alguna, de tal manera que pareciera que el lugar maneja sus propias reglas, en este caso el ejercicio de los roles asignados social y culturalmente no tienen cabida, pues los comportamientos no son regulados, como lo serían si este fuese un espacio público, en el que de manera tajante varios de estos actores no podrían habitarlo o simplemente transitar por él.

Quienes han sido clientes de estos espacios, en el particular de hombres de edades de entre 35 y 50 años, quienes han vivido todo el proceso de cambio que este espacio ha sufrido y las diversas formas que ha tomado pueden identificar que no es solamente el espacio físico el que atrae a clientes y amigos, sino más bien los administradores de ellos, los que han logrado generar esa confianza para poder tener éxito en sus labores y mantener regularidad en sus visitas. Quienes atienden estos espacios, por lo regular son transexuales femeninos y gais y en el oficio de cortar el cabello y realizar tratamientos estéticos, han encontrado su forma de sustento y de no discriminación en los mercados laborales, pues en este escenario son buscados muy a menudo y gracias a ello han creado una cierta independencia laboral y económica, como lo demuestra este testimonio:

Nuestro trabajo es siempre nuestra carta de presentación, yo tengo más de 30 años trabajando en gabinetes, tuve también como todas, mi establecimiento, pero recuerdo que antes este trabajo era muy masculino, solo cortaban señores el pelo. Cuando yo decidí salirme de mi casa y emprender esta carrera, nadie me apoyó, en ese entonces la gente discriminaba muchísimo, me tocó vivir donde amigas y muy duro al comienzo, pero lo logré porque quería independizarme y salir de casa, hasta el día de hoy existen familiares que no me hablan, pero ahora puedo viajar y pongo yo mis propios horarios, tengo mi clientela y a donde voy muchos me siguen (KAY, joven local, en entrevista con el autor, 7 de mayo 2019).

Las facilidades que les ha brindado el trabajo en las peluquerías como modo de vida y la independencia a nivel económico ha sido un factor importante en el desarrollo de la economía local de este sector, porque a su vez esta ha impactado en la vida de los adolescentes. Entonces la relación que esta tiene con los actores de este sitio es importante, porque se encuentra atravesada por factores que favorecen la economía que gira en torno las relaciones homoeróticas en este sector rural:

Yo he tenido maridos, algunos han estado conmigo desde los 13 años de edad, aquí se les ha dado buen trato, nunca se les ha negado una cerveza, que vengan con sus amigos, porque cuando vienen en manada todos beben por igual, este es un espacio en que no se discrimina a nadie. Algunos han aprovechado, yo misma les he regalado desde ropa, celulares, a uno le regalé hasta una licencia profesional de chofer. Ya si después se casan y no regresan no importa, aquí siempre vendrán nuevos hombres, porque eso sí nunca falta (ZEA, joven local, en entrevista con el autor, 6 de abril 2019).

De esta manera el espacio de la peluquería ha sido históricamente un lugar en el que hombres de edades de entre 13 a 25 años tienen relaciones homoeróticas, algunas de ellas por placer y otras mediante el intercambio de un bien o servicio de peluquería. En las entrevistas también se visibilizó como una especie de cortejo de parte del transfemenino a sus posibles parejas, a continuación, detallo un caso específico:

Hacía que se le caía la tijera, se agachaba, me decía vamos un ratito a conversar al cuarto y empezaba con el manoseo y hasta que terminábamos teniendo sexo. Así pasaba con esos mecos¹⁵ al comienzo, después cuando ya fui cogiéndole un poco más de confianza, le cogí aprecio a esa persona, porque total es un buen ser humano, siempre se mostró como una persona en quién confiar y así... yo todavía tengo relación con ellos, porque conmigo se portan bien (JHO, joven local, en entrevista con el autor, 22 de marzo 2019).

En el relato se percibe un cierto apego afectivo, en este sentido podemos nombrar que no todas las relaciones que se dan en el espacio de la peluquería son por intercambio de bienes, servicios o simplemente mero disfrute de placer, podemos evidenciar que estas también crean lazos afectivos. De igual forma, también es notorio que, a pesar de no existir rasgos de discriminación, este comportamiento también se encuentra situado en una zona de privilegio desde su masculinidad, en la que los adolescentes ponen o subordinan al otro.

En esta parte debemos destacar otro aspecto significativo: cómo la heterosexualidad juega un papel importante en las relaciones homoeróticas, en la que el género se encuentra presente y que se refuerza mediante los mecanismos de control y dominación. Entonces desde la propia visión de los informantes, el binario hombre/mujer se encuentra presente en las relaciones sexuales sin necesidad de llamarlo así, por lo que siempre el ser hombre estará contrastado por su opuesto (mujer) y viceversa, de tal manera que estos adolescentes ubican o caracterizan

¹⁵ Forma en el que los hombres se refieren a gais y transexuales femeninos en esta parte de la provincia.

a los gais y transfemeninos en la otra orilla y les atribuyen particulares de la feminidad según su visión.

Más allá de las categorías de heterosexualidad, binario o relaciones homoeróticas, los sujetos crean sus propios patrones de conducta e indistintamente del género, estos simplemente crean un imaginario del otro al que van a penetrar o cortejar. De esto se ha hablado en otros países, en el caso de México específicamente, “muchos hombres tienen relaciones sexuales y amorosas con otros hombres al margen de estas tipologías y significaciones; las han tenido simplemente como hombres” (Núñez Noriega 2007, 69). De esta manera podríamos decir que las relaciones afectivas o penetrativas, se dan indistintamente de la región y lo que sí podríamos afirmar es que al menos en este lugar, estas no se consideran de carácter homosexual, pues los actores de esta investigación se sitúan como hombres heterosexuales.

Además, es importante que podamos mirar este espacio social y físico de la peluquería como un lugar en el que los hombres jóvenes encuentran un sitio pleno, donde no se estigmatiza las relaciones homoeróticas, donde están presentes el disfrute del cuerpo y la camaradería entre amigos. Este espacio representa la posibilidad de un lugar tridimensional, que ensambla lo doméstico, lo social y también el trabajo, creando armonía al habitarlo sea solo o en compañía.

4.6. Economía, cuerpo y sexualidad

Si eres cachero y también burreas por ahí,
recibes dos platas en el mes,
una te da el embarque y la otra el maricón.

—JAO, joven local, en entrevista con el autor, 9 de marzo 2019

Los intercambios que se dan en los procesos de negociación de sexo por dinero o productos, o su forma de “trabajar”, es como se le denomina a la forma de actuar de los hombres (cacheros) dentro del proceso de conquista con gais o transfemeninos. Puede ocurrir por medio de la red de contactos de la misma comunidad gay y trans de la provincia, porque esta parroquia se encuentra como punto de referencia y entre bromas de los mismos jóvenes,

denominan también al lugar como “La tierra del cachero”.¹⁶ Además de esta, los contactos se pueden dar en peluquerías, centros de diversión, piscina y chongos. Cabe señalar que muchas de quienes viajan hasta este lugar son personas mayores a los 30 años y con un estatus económico medio y medio alto; otras son personas del lugar con quienes alrededor de su adolescencia se han conocido y que por alguna razón ya cuentan con parejas ocasionales o parejas estables.

De esta manera, es importante observar cómo se conjugan formas de trabajo sexual y las relaciones homoeróticas en este sector rural. Según nuestros informantes, predomina una caracterización del lugar que lo identifica por una especie de turismo sexual, desde luego dicho en otras palabras, de esta manera nos cuenta que hay quienes mantienen relaciones afectivas y de pareja con transfemeninos que viven incluso en ciudades del viejo continente como Madrid, Milán, Ámsterdam, etc., y que según su conocimiento:

Hay panitas que tienen sus parejas en otros países, cada vez que ellos vienen les traen maletas de llenas, teléfonos, zapatos, vestimenta, a veces les traen golosinas, reloj, cadenas de oro. Yo mismo tengo panas que tienen sus parejas y cada vez que viene tienen que quedarse con ellas el tiempo que se vayan a quedar, tiene que portarse bien, controlarse y pasar la mayor cantidad de tiempo con su pareja (MAS, joven local, en entrevista con el autor, 21 de mayo 2019).

Resulta de cierto modo llamativo ver cómo desde una parroquia rural pequeña se pueda tener conexión con parejas de otros países. En este punto es importante resaltar que las personas del extranjero son ecuatorianas que viven allá generalmente del trabajo sexual y que envían remesas para los gastos de sus parejas. Aquí cabe destacar que mientras se dan estas relaciones a distancia, el trabajo de jornaleros no ha cambiado, se siguen viviendo las mismas escenas, con el adicional que se recibe un dinero para otros gastos como la vestimenta, la tecnología, etc. En este punto vamos a dejar claro que, desde la vivencia de ellos, es parte fundamental el guardar las apariencias, ya que el trabajo u oficio de cachero es una labor que generalmente se conoce puertas adentro en su círculo de amigos, no es un asunto que se ventile por el pueblo.

¹⁶ Llamado así por los jóvenes del sector, estos atribuyen a la parroquia la fama y la razón principal por la que gais y trans de varios puntos de la provincia y trans que viven en el exterior acuden en busca de hombres, debido a que es muy probable que encuentren “marido” en el lugar.

Desde los encuentros homoeróticos, estos jóvenes han encontrado una forma de poder mejorar sus ingresos y el de su familia, siempre y cuando mantengan un perfil discreto en lo que respecta a relaciones amorosas, pues los códigos que se manejan dentro de la comunidad es que “si tú lo mantienes, él debe estar solo contigo” (JAO, joven local, en entrevista con el autor, 19 de marzo 2019). Por lo que la tecnología se convierte en un arma de doble filo, por la que puede filtrarse alguna foto u audio que lo exponga o ponga en aviso frente a su pareja. Lo interesante de estas relaciones es el poder que se ejerce en la misma. Pues a diferencia de los transfemeninos que viven en el exterior, la situación cambia desde los que viven en el área rural, pues a más de obsequiarles dinero de manera “voluntaria”, estos deben someterse a las peticiones que realizan los cacheros a sus parejas.

La relación de poder que ejerce el cachero frente al transfemenino local dista mucho del comportamiento de los otros cacheros con sus parejas del exterior, es mucho más marcado quien ejerce dominación. Aquí podríamos decir que el dinero juega un papel fundamental en la constitución de la pareja, por lo que regularmente estos son más cuidadosos debido a que “ellos no quieren que su pareja que está afuera se vaya a enterar y vaya a tener problemas, vayan después a perder lo que son los regalos que les saben traer, entonces ellos cuidan esa relación” (GOL, joven local, en entrevista con el autor, 25 de abril 2019).

El cuidado por lo que se ha conseguido con la pareja del exterior manifiesta que los jóvenes no se sienten cómodos en las bananeras y que llamarle muchas veces “burrear” a su oficio es un llamado de atención sobre sus propios intereses. La oportunidad que se les presenta de poder beneficiarse al menos por un tiempo de una remesa del exterior se ha convertido en una potencial salida a la crisis bananera, pues a pesar de que muchas de las veces estos jóvenes han trabajado la mayor parte de su vida, estos no cuentan con un trabajo estable y muchas ocasiones solo realizan dos días de labores en alguna finca o hacienda.

Cabe recalcar que este trabajo por lo regular no cuenta con los beneficios que estipula la ley. Las haciendas y fincas llevan trabajadores y trabajadoras solo para cumplir horas de trabajo y ante la poca preocupación de las autoridades, quienes históricamente se han visto perjudicados son los jornaleros. La condición de lugar eminentemente bananero provoca que las probabilidades de salir de jornalero en el cantón El Guabo sean pocas, ya que en este sector existe una deserción fuerte en cuanto a nivel educativo (INEC 2010), la mayoría de los trabajadores y trabajadoras no culminó sus estudios secundarios:

Yo terminé de estudiar en la nocturna, aquí te acostumbras a coger dinero desde peladito, el asunto es que no haces caso que estudiar es importante, si yo hubiese cogido consejo, ahora no estuviera burreando. Salir del embarque es complicado, aquí como las personas que viven en el mar, o te dedicas a lo que hay o te mueres de hambre, entonces tienes que madrugar y regalar los pulmones a tus patrones (NAO, joven local, en entrevista con el autor, 5 de mayo 2019).

Conclusiones

Con este estudio realizado en la parroquia rural de La Iberia, se pueden evidenciar varios aspectos desde las propias posiciones y construcción de la representación del ser hombre/adolescente en esta área bananera. Dicha representación está determinada casi siempre por el trabajo y además remarcada por esa división sexual que separa los roles entre lo masculino y lo femenino. A la vez, se ve reafirmada por las prácticas cotidianas y las posturas en relación con la posición de estos sujetos dentro del entorno, condicionado por un ambiente de pobreza que ha imposibilitado el crecimiento en términos educativos, laborales y financieros.

Resaltar la importancia del contexto, así como de las relaciones íntimas y laborales han dado un sentido particular a este trabajo. Por ello, en cada uno de los capítulos se evidencia la relación entre el ser adolescente de una comunidad empobrecida y tener que convivir, en muchos casos, con el peso de asumir la jefatura de un hogar a edades tempranas.

Este trabajo ha significado un reto en términos metodológicos y de construcción de la propuesta, pues trabajar desde la observación participante se convirtió en un desafío importante por pertenecer a la localidad. Esta estrategia se convirtió en un aspecto positivo que ha posibilitado abrir puertas. Las conversaciones diarias, que incluso tomaron largas horas de las noches hasta entrada la madrugada, han sido parte fundamental del entendimiento, de esta mirada local, hacia las economías rurales, las relaciones de pareja y prácticas homoeróticas; estas últimas ligadas a las economías locales, en las cuales el uso permanente del cuerpo representa una parte fundamental para la generación de recursos.

Dicho esto, ha sido importante observar el rol que cumplen las relaciones homoeróticas, pues estas han determinado un plus en términos económicos y de estatus social (local), considerando que a través de ellas se da la posibilidad de mejorar ingresos y salir momentáneamente de la precariedad y pobreza en que se vive. Desde esta mirada, el cuerpo ha constituido un factor imprescindible para analizar las relaciones, puesto que las prácticas homoeróticas se entrelazan con la estética del cuerpo y cobra un significado de moneda de cambio hasta ciertas edades. Todo esto en términos de crecimiento de capital, tanto económico como homoerótico, mientras se pueda aprovechar los primeros años de juventud. Como investigador externo me hubiese sido imposible observar estos matices, pues la

cercanía con el otro fuera de este lugar es limitada, el lenguaje se vuelve hermético y distante, por eso ser de la localidad me permitió entender y convivir las dinámicas en las que se mueven las relaciones y al ritmo en que ocurren en términos cronológicos con el paso de los años en los adolescentes.

No ha sido parte de la propuesta analizar la economía fuera de las labores bananeras. Sin embargo, el retrato que nos ha dejado el uso del cuerpo como goce y disfrute dentro de las relaciones homoeróticas marcó la manera de entender el cuerpo desde el intercambio de bienes y servicios, sin llegar a nombrar siquiera el sexo transaccional como forma de pago, más bien tiene que ver con la aceptación de relaciones de pareja, de convivencia y afecto entre dos personas.

Hablar de masculinidades en contextos rurales de la Costa ecuatoriana ha permitido que se pueda exponer otro tipo de miradas, otras formas de economías, otras formas de explorar y disfrutar el cuerpo, ya que las relaciones de amistad, afecto y deseo se encuentran entrelazadas desde una postura de masculinidad tradicional, pero rompiendo estereotipos y conviviendo desde la práctica homoerótica y homosocial, fuente fundamental de placer y deseo frente a otras culturas quizás un poco más conservadoras. Justo en estos lugares y dentro de este contexto, donde el sexo entre hombres y con transfemeninos se cambia por recursos, dinero, trabajo o solo por placer, se pueden observar varios espacios de encuentro y de cotidianidad que se entretajan con la producción de banano a la que posiblemente todo se encuentre ligado.

Entonces recalco que el trabajo con los hombres en este sector también nos ha permitido identificar una construcción diferente del disfrute de la sexualidad, que nada tiene que ver con los esquemas tradicionales de la masculinidad. Sobre la base de que las relaciones entre hombres, mujeres, gays y trans son cotidianas, es interesante examinar que, a pesar de ello, las representaciones de estos jóvenes hacia fuera siguen siendo de una masculinidad tradicional, en contraposición a su otro femenino, lo cual puede observarse en los roles, tanto en las jornadas de trabajo con una marcada división sexual como en las relaciones de pareja en la que siempre terminan ocupando roles activos en todos los casos.

Finalmente, deseo resaltar la importancia de una perspectiva socioespacial crítica, a través de la cual los lugares observados cobran sentido y permiten captar a los sujetos en toda su capacidad de acción. Se trata de no caer en moralismos o victimizaciones que podrían impedir

aguzar la mirada hacia aspectos de fondo, y que constituyan aportes a la discusión sobre las masculinidades según sus experiencias particulares y su entorno, en este caso, una zona rural y bananera de la Costa sur ecuatoriana. También en este espacio y con miras a futuras propuestas, sería importante analizar cómo en los últimos años la migración de población venezolana a zonas bananeras también ha tomado un papel fundamental, por lo que sería interesante prestar atención a esas nuevas dinámicas desde el punto de vista de la cultura.

Lista de referencias

- Andrade, Xavier. 2001. "Masculinidades en Ecuador: contexto y particularidades". En *Masculinidades en Ecuador*, editado por Xavier Andrade y Gioconda Herrera, 13-26. Quito: FLACSO / UNFPA.
- Bourdieu, Pierre. 2000. "Una imagen aumentada". En *La dominación masculina*, editado por Pierre Bourdieu, 8-41. Barcelona: Anagrama.
- Bonino, Luis. 2000. "Varones, género y salud mental: deconstruyendo la "normalidad" masculina". En *Nuevas Masculinidades*, editado por Marta Segarra y Àngels Carabí, 41-64. Barcelona: Icaria Editorial.
- CFN (Corporación Financiera Nacional). 2017. Ficha financiera: Banano y plátanos. <https://www.cfn.fin.ec/wp-content/uploads/2017/09/Ficha-Sectorial-Banano.pdf>
- Coba, Lisset. 2001. "Haga negocio conmigo: un ritual de masculinidad". En: *Masculinidades en Ecuador*, editado por Xavier Andrade y Gioconda Herrera, 101-114. Quito: FLACSO/ UNFPA.
- Connell, Robert W. 1993. "The big picture: masculinities in recent world history". *Theory and Society* 22 (5): 597-623.
- 1997. "La organización social de la masculinidad". En *Masculinidad/es. Poder y crisis*, editado por Teresa Valdés y José Olavarría, 31-48. Santiago de Chile: Isis Internacional/ FLACSO Chile.
- 2003. "Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas". En *Varones Adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, editado por José Olavarría, 53-67. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.
- Faur, Eleonor. 2004. *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*. Bogotá: Unicef/ Arango Editores.
- Figueroa-Perea, Juan Guillermo. 1998. "Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva". *Cuadernos de Saúde Pública*, 14: 87-96.
- Foucault, Michel. 2007. *La Historia de la Sexualidad I - La voluntad del saber*. Ciudad de México: Siglo xxi editores.
- Fuller, Norma. 1997. "Fronteras y retos: Varones de clase media del Perú". En *Masculinidad/es. Poder y crisis*, editado por Teresa Valdés y José Olavarría, 139-152. Santiago de Chile: Isis Internacional/ FLACSO Chile.

- Fuller, Norma. 2001. "No uno sino muchos rostros. Identidad masculina en el Perú urbano". En *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, editado por Mara Viveros Vigoya, José Olavarría y Norma Fuller, 265-370. Bogotá: CES/Universidad Nacional de Colombia/ Fundación Ford.
- GAD Parroquial La Iberia. 2019. Ubicación de la parroquia La Iberia en la provincia de El Oro. <http://gobiernoparroquialdelaiberia.gob.ec/index.php/ct-menu-item-11/ct-menu-item-27>
- García, Carlos, y Javier Ruiz. 2009. *Masculinidades, hombres y cambios. Diagnóstico de prácticas patriarcales en organizaciones sociales. Manual para facilitadores*. Montevideo: Diakonia/Colectivo Hombres y Masculinidades.
- Gutmann, Matthew C. 1998. "Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad". *La Ventana: Revista de Estudios de Género*, 8: 47-99.
- 2000. "Los verdaderos machos mexicanos. Hombres de verdad". En *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: ni macho ni mandilón*, editado por Matthew Gutmann, 43-65. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Hakim, Catherine. 2012. *Capital erótico: el poder de fascinar a los demás*. Barcelona: Debate.
- Herrera, Gioconda, y Lily Rodríguez. 2001. "Masculinidad y equidad de género: desafíos para el campo del desarrollo y la salud sexual y reproductiva". En *Masculinidades en Ecuador*, editado por Xavier Andrade y Gioconda Herrera, 157-175. Quito: FLACSO/ UNFPA.
- INEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos). 2010. Censo de Población y Vivienda.
- Kimmel, Michael. 1997. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". En *Masculinidades: poder y crisis*, editado por Teresa Valdés y José Olavarría, 49-62. Santiago de Chile: Isis Internacional/ FLACSO Chile.
- 1998. "El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos". En *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, editado por Teresa Valdés y José Olavarría, 207-218. Santiago de Chile: FLACSO Chile/UNFPA.
- Martínez Valle, Luciano. 2004. "Trabajo flexible en las nuevas zonas bananeras de Ecuador". En *Efectos sociales de la globalización, petróleo, banano y flores en Ecuador*, compilado por Tanya Korovkin, 129-155. Quito: CEDIME/Abya Yala.

- Maquieira, Virginia. 2010. "Mujeres, globalización y derechos Humanos". En *Mujeres, Globalización y Derechos Humanos*, coordinado por Virginia Maquieira, 41-96. Madrid: Cátedra.
- Minello Martini, Nelson. 2002. "Masculinidades: un concepto en construcción". *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 61: 11-30. <https://bit.ly/3BxiD51>
- Núñez Noriega, Guillermo. 2007. *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. Ciudad de México: PUEG/UNAM/El Colegio de Sonora/ Miguel Ángel Porrúa.
- 2016. *Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?* Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- Olavarría, José, y Rodrigo Parrini. 2000. *Masculinidad/es: identidad, sexualidad y familia*. Santiago de Chile: FLACSO Chile.
- PDOT La Iberia (Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial de la Parroquia Rural La Iberia). 2010. *Actualización del plan de desarrollo y ordenamiento territorial*. El Oro: Gobierno Autónomo Descentralizado Parroquial Rural La Iberia.
- Ramírez Solórzano, Martha Alida. 2002. *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. Guadalajara: Instituto Jalisciense de las Mujeres/ Plaza y Valdés Editores.
- Ramírez, Rafael, y Víctor I García Toro. (2002). "Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión". *Centro Journal*, 14 (1): 5-25.
<https://www.redalyc.org/pdf/377/37711290001.pdf>
- Ruiz, Martha Cecilia. 2019. "(Neo)extractivismo, economías íntimas y gobernanza "posneoliberal" en la frontera sur de Ecuador". En *Género, sexualidades y mercados sexuales en sitios extractivos de América Latina*, compilado por Susanne Hofmann y Melisa Cabrapan, 267-294. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Szasz, Ivonne. 1998. "Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México". En *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, compilado por Ivonne Szasz y Susana Lerner, 11-32. Ciudad de México: El Colegio de México.
- 2004. "El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades". En *Ciudadanía sexual en América Latina: abriendo el debate*, editado por Carlos Cáceres, Timothy Frasca, Mario Pecheny y Veriano Terto Júnior, 65-75. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.

- Scott, Joan. 1996. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas, 265-302. Lima: Programa Universitario de Estudios de Género/ Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Striffler, Steve. 2000. "Clase, género e identidad: la United Fruit Company, 'Hacienda Tenguel', y la reestructuración de la industria del banano". *Revista Ecuador Debate*, 51: 155-178.
- Tuñón, Esperanza, y Enrique Eroza. 2001. "Género y sexualidad adolescente. La búsqueda de un conocimiento huidizo". *Estudios Sociológicos* 19 (1): 209-226.
- Valdés, Ximena. 2000. "Masculinidad en el mundo rural: realidades que cambian, símbolos que permanecen". En *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*, editado por José Olavarría y Rodrigo Parrini, 29-46. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.
- Viveros Vigoya, Mara. 2002. *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional /CES/ Fundación Ford/ Profamilia Colombia.